

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIX

San José, Costa Rica

1942

Sábado 15 de Agosto

No. 17

Año XXIII — No. 945

Sumario:

Glosa a Rodó	J. L. Sánchez-Trincado
De la Muerte	Lorenzo Vives
Cipo	Ysola Gómez
Noticia de libros	
Afroquinina	Mariano Fiallos
Simbad	
Cuatro sonetos y un bosquejo	Claudia Lars
Este cuento	J. García Monge
Adiós, don Pedro	Humberto Díaz Casanueva
Recado sobre don Juan Antonio Ríos	Gabriela Mistral

Dos hombres y una enseñanza	B. Sanín Cano
El ideal bolivariano	Salomón de la Selva
Homenaje a Stefan Zweig	Enrique Espinoza
Democracia no es parlamentarismo	José Pijoán
Uno de los muertos de esta guerra	Calibán
Cabos sueltos	
Párrafos de una charla por radio	Víctor Lorz
Para qué sirve la filosofía	N. Viera Altamirano
Cuatro poemas sin título	Mario Hernández
Ante la invasión de la India	Luis de Zulueta

José Enrique Rodó fué el último escritor del siglo diez y nueve. El novecientos le sorprendió cuando andaba ya cerca de los treinta años. Desde la última noche del siglo anterior, Eurogermania, la Euroamérica inglesa y, en parte, la Euroamérica latina, habían encendido ya sus fraguas, pero el autor de *Ariel* no lo advirtió. Hizo bien, oportunamente, en morir, casi a la misma edad en que Bolívar, pero siendo ya para entonces Rodó mucho más viejo: hizo bien Dios en llevárselo, de pronto, como hace morir piadosamente a los que han hecho de su vida entera una pura agonía, a los que quisieron en todo instante de su vida forzar sus propios límites, en mayo del año 1917. Rodó habría fracasado como pensador del novecientos: había fracasado ya, desde el día primero de agosto del año catorce. La guerra le había hecho fracasar. Es maravillosamente paradójica esta sordera de algunos espíritus selectos que se dedican a diagnosticar los males de su propio tiempo, historiadores del presente, para las cosas ruidosas que ocurren ante sus propios oídos. Como toda situación de la vida de un grande hombre puede obtener valor simbólico a la luz de su completa biografía y de las circunstancias que van explicando sus capítulos y escenas, la muerte de Rodó, para quien el Mediterráneo se prolongaba hasta el Plata, en una cama alquilada (de un hospital o de una fonda, o de ambos lugares sucesivamente) en un rincón de la propia Italia, exilado del reino de la Libertad y de la Paz con que él soñaba y en que vivía, exilado de su edad de oro en una edad de hierro, oyendo ya crujir los tanques camino el Partenon, la muerte de Rodó completa con una escena dramática, dramática no por la muerte de su cuerpo sino por la de su fe, una vida empleada en soñar generosamente, en poner fuego en la punta de sus flechas para contagiar sus entusiasmos, en adoctrinar con palabras doradas, en agitar los espíritus, apaciguándolos.

Los hombres de la postguerra, debían discutirle y le discutieron y la generación de 1925 había de

Glosa a Rodó

(En el Rep. Amer.)

1

Forzar los límites

decir respecto de Rodó como si fuera todavía un combatiente de las nuevas batallas, todo lo que sin desvalorarle, le empeorara. Pero hoy, al cuarto de siglo de su desaparición, cuarto de siglo que en tiempo histórico y con unidades antiguas cabría considerar como un cuarto de milenio, José Enrique Rodó debe ser ya considerado como un clásico. Por su genialidad, por su arte, por su pureza.

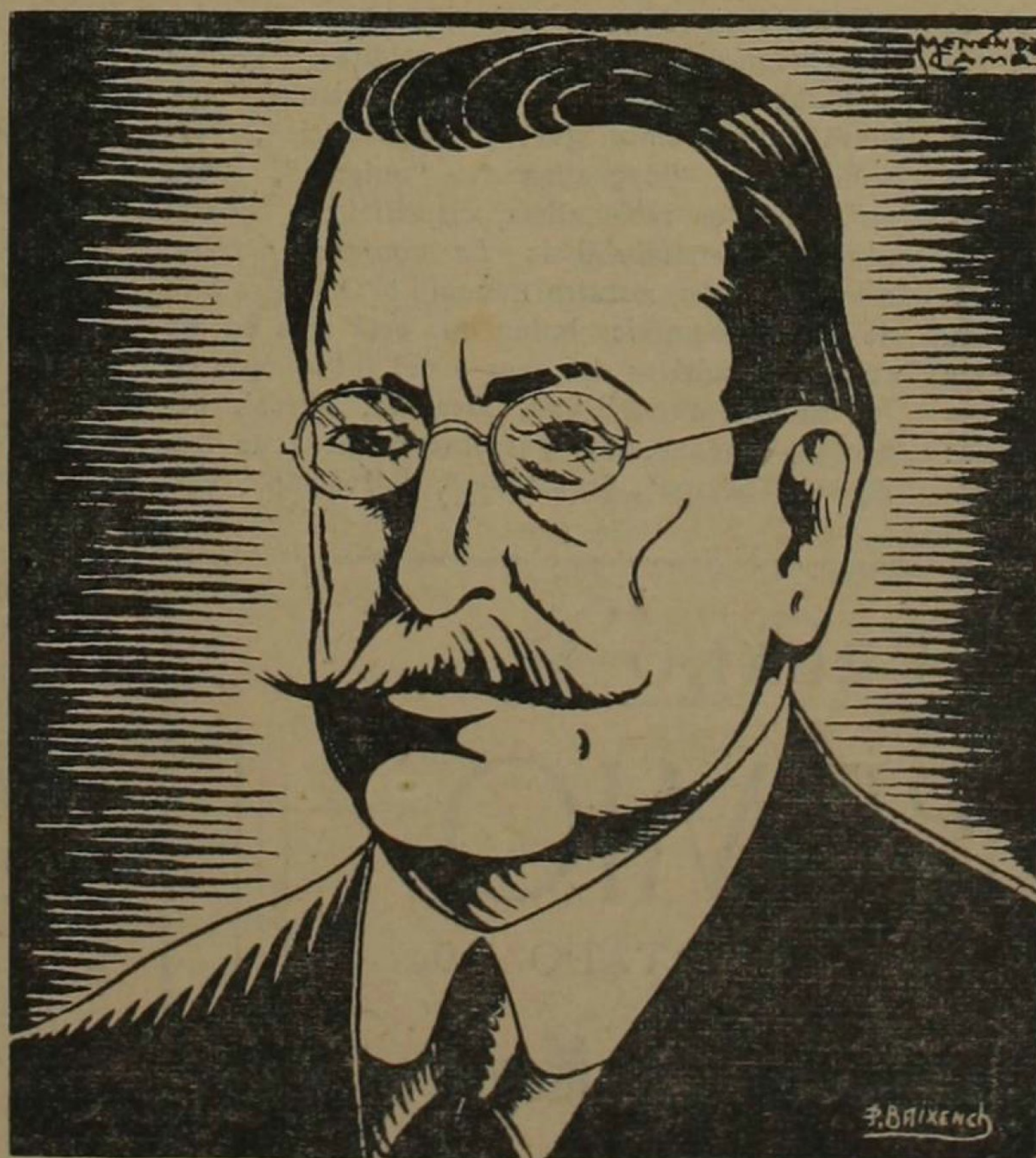
Cumplió Rodó las consignas que él mismo tacitamente expidió en defensa de un ideal de vida agónico. Una consigna trazada a los agónicos es la de que deberán forzar sus propios límites. Para ello, adquirirán conciencia de sus límites

mismos y de su propio sentimiento de angustia delante de estas sus fronteras, así como del deseo de ampliarlas o forzarlas. La muerte no es un punto, sino que es lo concavo de esa curva que se cierra sobre sí misma, de la cual la vida es lo convexo. Se trata de seguir esa curva con alegría responsable. "Sed seriamente alegres", ha dicho don Miguel. Con la fruición y la prisa ejemplar de Aquiles, con dominio de sí mismo. Las reglas del deporte en esta carrera deben ser respetadas: la ley, el deber, el amor. Rodó estuvo como pensaba que estuviera Goethe: "tomado a brazo partido con el tiempo para forzarle a dar capacidad a cuan-

tos propósitos acumula y concier-ta".

Forzar los límites quiere decir hacer la curva de la vida mayor a fuerza de buen tino y de velocidad, rodear un territorio feraz en qué sembrar, cultivar y producir. Calcular que vivimos y morimos a plazo fijo: valorar el tiempo ("tiempo", palabra mágica para Rodó). Forzar los límites quiere decir mejorar nuestra circunstancia, corregir nuestras fronteras, arrastrar a los otros en la velocidad de nuestra curva. Un hombre está limitado por lo que no es, por lo que no vale, por lo que no sabe. Rodó hizo siempre por valer más indefinidamente, por ser mejor, por dominar su congoja, por tener lo justo, por desafiar los límites con la prisa, el acierto y el cálculo del corazón. Agónico es aquel que está creciendo hasta el instante de morir. "Las prendas del espíritu joven—el entusiasmo y la esperanza—corresponden en las armonías de la historia y la naturaleza al movimiento y a la luz", ha escrito en *Ariel*, Rodó. "Agónico es el que conserva el movimiento esperanzado y el entusiasmo luminoso hasta un segundo antes de morir, el que es joven y creador, edificador de sí mismo como Sócrates y de los otros como Goethe hasta el instante de la muerte. El que muere en su biblioteca o en su andamio, el que se recuesta en su propia obra para dormir definitivamente.

Quiso Rodó forzar los límites que toda patria se levanta en torno y quiso ver en toda frontera natural o política, terrestre o marítima, lo que une y no lo que separa. Murallas para la defensa bélica, bien están: brechas para la comunicación de la cultura están mejor. Rodó pensó en una patria continental, como una nación mayor, como un cuerpo gigante para un corazón delicado. América, coraza para guardar las complicadas vísceras esenciales: Uruguay, Argentina... Y contemplando que no hubo nunca una sola Europa sino al menos cinco, pensó apropiarse para América, tierra históricogeográficamente más sólida, dos de ellas, la Europa inglesa y la Europa latina. Rodó se sintió entonces ciudadano de estas dos Euroaméricas.



José Enrique Rodó

(Por Menéndez Came)

El simbolismo—fenómeno literario que nos puede servir aquí de ejemplo—en cuanto realidad artística había enseñado que ya existía esta amplia y constante comunicación espiritual a ambos lados del Atlántico. “Ya no hay Pirineos” le había dicho el Borbón galo al Borbón que iba hacia el trono de Madrid. “Ya no hoy Océanos”, pensaron los hombres de más fina visión histórica en el último tercio del siglo XIX, edad de oro de la Libertad. El simbolismo—ha insistido en ello ahora Guillermo de Torre, precisamente hablando de otro gran escritor uruguayo, Julio Herrera Reissig—recorrió el trayecto Francia, América, España. Para entonces el Océano era ya un mar colonizado por el correo fácil, el urgente trasatlántico y el nervioso cable. Iniciado en la poesía francesa, enriquecido en los países de habla española de ambos lados del Atlántico—canal tranquilo ya, entre dos mundos de poesía—y dado entre todos los poetas latinos como un aporte a la historia universal de las letras, el simbolismo es un hecho estético que culminó durante la generación (la inmediatamente anterior por cierto a la de Rodó) de 1880 y que descendió durante la primera decena de años del novecientos. Concurrió a determinadas representaciones escénicas y a ciertas páginas de libro de versos; habitó en distintos países y cruzó diversos géneros. Valga por vía de ejemplo vivo todavía para los hombres del tiempo de Rodó, la trayectoria del simbolismo. Sin dejar de ser uruguayo, Rodó pensó en América. Sin dejar de ser americano, Rodó soñó con una Euroamérica latina que puso como fondo de su *Ariel*.

2

Mostrar señorío

“Hacerse cargo” es otra de las frases mágicas de Rodó. Comprenderlo todo, humanamente, liberalmente compartir ajenos sentimientos, ponerse en el lugar del que se ve obligado a recurrir a tales acciones, discurrir con los pensamientos del sabio y compartir la fe del creyente, disculpar errores y malicias con la mano caballerosa en el propio pecho, para sorprender los latidos delatores de la humana miseria; he aquí la aptitud preconizada por el maestro uruguayo. El nos ha trazado un retrato forjado a su propia imagen y semejanza, de Goethe, mas que como Goethe fuera como Rodó lo deseara, en la cual se nos delata: “Retocar los lineamientos de su personalidad, a la manera del descontentadizo pintor que nunca logra estar en paz con su tela: ganar a cada paso el tiempo, en extensión, en intensidad, en fuerza, en armonía: y para esto, *vencer cotidianamente un límite más*: verificar una nueva aleccionadora experiencia: participar, ya por directa impresión, ya por im-

patía humana, de un sentimiento ignorado: penetrar una idea desconocida o enigmática, comprender un carácter divergente del propio: tal es la norma de esta vida...” Goethe fue en efecto maestro en la técnica de forzar los límites y por ello se lo propuso como modelo nuestro Rodó y en el arte humano de mostrar señorío. Ser señor y parecerlo: mostrar señorío. El señor de sí mismo se impone a los demás. Debemos autocolonizarnos, forzar nuestros límites, autoeducarnos, recomendará siempre Rodó. Alzar nuestra Cartago dentro de límites audaces y crecer hacia arriba y hacia abajo.

Creía el autor de los *Motivos de Proteo* que cabía injertar en nuestra alma el ala aristocrática, el ala del espíritu audaz y que esta fuerza misteriosa salvadora se encargase—haciéndose una sola sustancia alma y espíritu—de elevarnos de un modo intrépido. Creía Rodó en que nuestro aristócrata interior se encargaría de colonizarnos hacia adentro: creía en la autoeducación, si se usaba como motor el espíritu. Por eso creía en una política aristocrática, en un mandato de los mejores, pero que estos mejores pudieran libremente destacarse en la libre competencia de una democracia y constantemente se volvieran al cuidado de ese vivero de aristócratas que podía ser la escuela y la universidad. Creía en una aristocracia que vivificase las posibilidades de crecer del pueblo: en una aristocracia sustituible siempre por promociones de jóvenes cultivados con cuidado y desprendimiento. Creía en un reino ideal donde el poder se entregaba de padres a hijos en una rotación de grupos de aristócratas del espíritu. La democracia iba a posibilitar el destaque de los bien dotados. La aristocracia consistía en que estos bien dotados en su momento preciso iban a gobernar consultándose solamente a sí mismos.

Dejamos en su gabinete al soñador que diga su palabra idealizadora. En tanto las fraguas del mundo habían sido puestas a caldearse, las fraguas que ahora hierven. “La democracia y la ciencia son los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa” o escribía el idealista. Pero un ligero aumento de la temperatura real del mundo, le mató. Democracia y ciencia, palabras mágicas para Rodó. Rodó tiene como cada idealista sus palabras mágicas y sus palabras malditas. Palabras malditas son “desorden”, “romanticismo”, “medievalismo”, “embriaguez”, “intolerancia”, “jacobinismo”, “dogmatismo”, “quietud”, “prisa”. Rodó es racionalista, científicista, liberal como el Settembrini de *La montaña mágica*, como, un poco, nuestro Eugenio D’Ors. Era hijo de esa Euroamérica latina que está más en los cuadros históricos del ayer o del futuro que en los mapas, republicana, idealista, liberal, generosa, humana. Las palabras mágicas de Rodó son “tiempo”, “evolución”, “elevación”. Val-

dría decir arielismo o settembrinismo. Lucidez contra embriaguez, cordura contra pasión, idealismo contra pragmatismo, individualismo contra colectivismo, tiempo lento contra insubordinación.

Creía en la virtud de la palabra bella y la prodigó genialmente. Creía que las bellas palabras tornan buenos a los hombres: amaba la persuasión. “Yo creo indudablemente—escribe—que el que ha aprendido a distinguir lo delicado de lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno”. Rodó redescubre la parábola. Emprende el rodeo de las frases poéticas para llegar a la lección de moral: emplea el rodeo de la palabra escrita, para no tener que llegar a la predicación y después a la acción. Dicta para las multitudes desde su gabinete, huyéndolas. Enseña sin dar la cara de maestro tímido. Inventa este idioma viejo de las lecciones breves y enjundiosas, cargadas de sabiduría y de belleza como un fruto de jugos y de azúcares. Y cuando el ruido de las multitudes sube de tono, Rodó con la palabra ahogada por el clamor de las campanas que doblan por las catástrofes crueles e inevitables, mudo, sucumbe de no poder hablar, de no poder tiernamente enseñar. La parábola pide una latitud de paz...

3

No rectificar

La vida es irrectificable: inútil gesto el de tratar borrar el pasado. Un agónico como Rodó no lo hará nunca, no se autodestruirá, no tratará de cambiar su ayer en la memoria de las gentes. Se ha castigado a los que vuelven la vista hacia atrás, paralizándolos, convirtiéndolos en estatua de sal. No perder el hilo, el cálculo de nuestra curva veloz. Nuestra historia está aquí con nosotros y todo el mundo puede leérsela, mirando por encima de nuestros hombros. Inútil tachar palabras, adjetivos, capítulos. Hablar y obrar con la conciencia de la irreparabilidad de cuanto obramos y decimos. No rectificar, es la tercera máxima de los agónicos, de José Enrique Rodó. Sus póstumos *Ultimos motivos de Proteo*, mensaje impreso en 1932, el año del centenario goethiano, dicho cuando en el subsuelo de Europa los yunques para la guerra sonaban sordamente sin ser oídos por los cándidos, por los literatos, por los estetas, contienen otra vez íntegro a Rodó. Entonces sonaron en oídos cansados, en oídos temerosos, pero todavía estaba caliente en la memoria de las gentes la figura de su autor. Rodó, espíritu polémico, debió suscitar polémicas apasionadas entre sus diversos lectores. La polémica Rodó ha debido sonar mucho tiempo en los libros y papeles impresos de Euroamérica. Ahora ya José Enrique Rodó es como un clásico distante y valioso, amable y digno de encendida admiración. El mejor homenaje que se le puede hacer ahora es leerle como a un clásico muy distante. Leerle en la lejanía de un ayer que se separa vertiginosamente de nosotros. Rodó no entró nunca en nuestro mundo: los grupos de la postguerra europea y de la segunda guerra mundial no le conocieron ni tuvieron ningún contacto temporal con él. Rodó vino detrás de la promoción de Martí. Rodó vino con Unamuno. Martí, Rodó, Unamuno, abuelos, bisabuelos insignes. Para ellos ampliamente, como para tantos otros hombres de su altura y de su tiempo, nuestra veneración y nuestro amor.

J. L. SÁNCHEZ TRINCADO

Caracas, julio de 1942.

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA

De la Vida y de la Muerte

(En el Rep. Amer.)

XI

De la Muerte

La vida es la manifestación de la existencia perdurable del Universo. Nacer y morir son como dos polos de la vida individual. Pero mientras el primero aparece con regocijo, el segundo despierta, casi siempre, la idea de pérdida irreparable. Sin embargo, si el vivir necesita del nacer, también le es necesario el morir. Sin este ocaso, el amanecer resultaría imposible. Si no fuera el miedo a la pedantería, recordáramos lo de la crisálida y la mariposa...

Tampoco creo que sería exagerar si afirmáramos que la muerte es una etapa de la vida. De considerar el nacimiento y la muerte como extremos de una recta o curva abierta, nace el miedo a la segunda, y el miedo siempre implica desconocimiento. Yo me obstino en pensar que son puntos más o menos distantes de una curva cerrada. Esta línea, con su regularidad o disimetría, sería la vida. Si lográramos acostumbrarnos a esta consideración, acabaríamos por tomar los dos hechos antinómicos con serenidad.

Claro que la muerte, a pesar de todo, siempre intimidará, pues supone un comienzo en un más allá desconocido en donde la Justicia ha de obrar. Pero, los limpios de intenciones perversas, continuarían serenos. Religiosos hay que tiemblan al saber que han de morir en cuerpo, no en espíritu, y no podemos comprender cómo esto puede ocurrir.

Lo repito: morir es el término de acá; nacer es el de allá; entre ambos está la vida. Esta ha sido y es y, ante la infinitud del Cosmos, la razón nos dice que persiste con él eternamente. El cuerpo es el vehículo del espíritu. Como ser finito, ha de empezar en el nacer, (aunque tampoco empieza, pues sus elementos constitutivos existen desde el principio) y terminar en el morir. De modo que el nacimiento y la muerte sólo a él atañen.

Un hiperestesiado espiritualismo produce la anormalidad, y ésta, sea del orden que sea, es siempre mala. Los místicos y los ascetas desprecian al cuerpo hasta tal punto, que como Plotino, se avergüenzan de tenerlo.

El cuerpo es la plasmación de nuestra personalidad. Es el sujeto del dolor; pero también del placer, y, ambos son la sal de la vida.

Los estetas—que no son narcisistas tontos—cultivan su cuerpo por respeto a su espíritu. Del equilibrio entre la salud y la belleza nace el placer espiritual que muchos no conocen.

Para pocos, el cuerpo es la caída del espíritu. Aunque así pensara no podría menos de rendirle culto como fervoroso amante de la belleza que soy. Pues, ¿hay algo más perfecto que el cuerpo humano? Es preciso que se llegue al sentido humanista del arte para que sea tomado como motivo óptimo de belleza. Y sin velos, con todo y el triángulo del sexo, pues no está el pecado en la expresión de lo que Dios hizo, sino en la intención que se pone al mirar...

Yo no creo que es por miedo a la aniquilación que el hombre actual matiene, todavía, la costumbre de los entierros. Por dignidad y consideración a nosotros mismos deberíamos afanarnos por implantar la cremación, y no para que nuestros deudos guarden las cenizas, sino para que éstas fueran aventadas desde un lugar elevado. Hay muchas cosas que han de desaparecer y una de ellas son los cementerios, provocadores de vanidades a deshora y del concepto macabro de la muerte. Cuando dejen de existir, el esqueleto con la guadaña será arrojado del campo de la imaginación por la radiante figura del ángel que nos libera...

En todo caso, el columbario romano podría adaptarse a las exigencias actuales. El arte daría a ese palacio de la muerte, la apariencia voluptuosa de la vida. Quizás la muerte acabaría por dejar de inspirar el terror de ahora, muchas veces debido a un fanatismo religioso nacido de una aberración teológica. La religión fría y positiva, la que practicaba y recomendaba la flagelación y recurría a la sensualidad refinada de los autos de fe, tiene que ser reemplazada por otra más divina enemiga de esa práctica poco adaptada a la idiosincrasia del hombre occidental. El pensamiento loyolano, muy español por cierto, de refinar el ascetismo para hacer realzar el espíritu, incluso en esta vida, lo considero antihumano, y, si se me permite, poco espiritualista, pues quitándole al cuerpo los vehículos de verdadera vida, la personalidad queda tan seca de visión universal, que el catolicismo que propone defender se convierte en un individualismo sordo a toda aspiración noble. La muerte, pues, ha dado lugar a varios delitos de lesa vida. Aquí, hay que darle al cuerpo lo que



Cipo

(En el Rep. Amer.)

A Porfirio Barba-Jacob

*Ya fué tu vida un engranaje en ruedas;
una sal con dos crismas
en la inversa caricia del amor y el dolor.
Un vaivén transformado de rutas en problemas
que doblaron tu espacio de potencia, en crisol.*

*Fué tu vida una entraña de intenciones sagradas;
raro cóndor que en vuelo nadie supo vencer.
Un inquieto en la rica variedad desgranada,
que en extraño sendero de la fuerza escondida
paró en astro de un ciclo que hoy empieza a volver.*

*Fué tu vida una fruta de sabor, perfumada.
Entre esa hermosa casta que es ocal en tu tumba
salió un fulgor del vaso que calcinó tu ser...
arraigado en los días, reproduce tu altura
que da auroras radiosas, sobre fibras de ayer.*

YSOLA GÓMEZ

Costa Rica, julio de 1942.

suyo es, y ojalá el culto helénico clásico reviviera para que con su influencia evitara hasta la mutilación en la muerte.

Por otra parte, me atrevo a afirmar que la muerte es la gran depuradora. Los seres adquieren, por ella, cualidades que antes eran desconocidas o atenuadas. Basta que ella haya alcanzado a un ser querido, para que éste quede formando parte de una categoría superior intocable. Un tabú que nos inspira un sentimiento difícil de describir lo rodea.

La eutanasia, podría ser tolerada y reglamentada en una edad próxima, cuando aquella aberración aludida sea imposible. Repudio el suicida por dos razones: por el sentido de deserción que me representa y por la violencia que entraña. En cambio, si la ley, en vez de ser excluidora se hiciera acogedora, evitaríamos esas mutilaciones horribles realizadas con las muertes violentas. Podría haber—como ya hay quien lo prevé—casas supervigiladas en donde los cansados, los desahuciados o desengañados pudieran dar fin a la vida del cuerpo de la manera más serena y placentera.

Ya se ve, pues, que la idea espiritualista no priva la libertad al cuerpo, antes al contrario, quiere para él todo honor y respeto de que sea merecedor, no ya como representante de nuestra personalidad, sino como acabada obra de arte. Si nunca has pensado introspectivamente, hazlo, y verás las maravillas inexplicables que se esconden en tu interior. Después de filosofar íntimamente, sí, puedes elevar los ojos al cielo, pero sin extrañarte de no poder descifrar sus misterios... Precisamente ante tanta interrogación, no has de sentirte extraviado; al contrario, sereno ante el enigma de la muerte, pues quizás por ella lo misterioso dejará de serlo...

LORENZO VIVES

Hacienda "San Lorenzo". Alajuela, Costa Rica, julio de 1942.

Noticia de libros

(Índice y registro de los que nos envían los Autores, Centros de Cultura y Casas editoras).

Señalamos y agradecemos tanto:

Esta excelente distribución de la Dirección de Cultura, Secretaría de Educación, La Habana, Cuba:

Don Pepe, retrato de un maestro de escuela. Por Rafael Esténger. La Habana. 1940.

El tomo VII de las *Obras* de Manuel Sanguily: *Juicios literarios*, en dos libros. Habana. 1930.

Días de Trinidad. Por Enrique Serpa. La Habana. 1939.

Rafael Marquina: *Gertrudis Gómez de Ave-*

llaneda la peregrina. Editorial Trópico. La Habana. 1939.

(Es el N° 10 de las *Biografías Cubanas*).

Rubén Martínez Villena: *Un nombre y otros poemas*. Prólogo de A. Núñez Olano. La Habana. 1940.

El N° 2 del *Archivo José Martí*. Publicado por el Ministerio de Educación, Dirección de Cultura. Al cuidado de Félix Lizaso. Es un tesoro esta publicación.

En la quinta serie de Cuadernos de Cultura, el N° 2: José Victoriano Betancourt: *Artículos de costumbres*. La Habana. 1941



C. G. E. S. A.

Compañía General Editora, S. A.

(Apartado 8626. México, D. F. México)

Algunas de sus ediciones:

Mark Twain: *La celebrada rana saltarina*. \$ 0.75.

Dr. Cristián Cortés Llado: *La insuficiencia cardíaca*.

En rústica: \$ 3.00.

En pasta: \$ 5.00.

J. Schlumberger: *La paternidad inquieta*: Trad. de José Carner.

En rústica: \$ 1.50.

En pasta: \$ 3.00.

Longo: *Dafnis y Cloe*. Traducción de Juan Valera.

En rústica: \$ 2.00.

En pasta: \$ 3.00.

A. T. A. Hoffman: *La olla de oro*. Traducción directa del alemán. Por María Teresa Pujol y L. Ferrán de Pol.

En rústica: \$ 1.50.

En pasta: \$ 3.00.

Dr. M. Ruiz Castañeda: *Profilaxis específica del tifo exantemático*.

En rústica: \$ 3.00.

En pasta: \$ 5.00.

Laura, por el Conde Alfred de Vigny.

En rústica \$ 1.75

En pasta \$ 3.50

Tirso de Molina: *Los tres maridos burlados*

\$ 0.75

Dr. Carlos Enrique Paz Soldán: *La introducción de la quina en terapéutica*.

En rústica \$ 3.90

Empastado 6.00

H. Heine: *El rabino de Bacharach*

\$ 0.75

Margarita Urueta: *El mar la distraía*

\$ 0.75

José María Roa Bárcena: *Noche al Raso* (Cuentos)

Empastado \$ 3.00

En rústica \$ 2.00

Anna Katharina Green: *El Doctor, su esposa y el reloj*

\$ 0.75

Conde León Tolstoi: *Sergio, el anacoreta*

\$ 0.75

Con el Admor. del Rep. Amer.

Calcule el dólar a \$ 5.00.

Otra distribución que nos agrada mucho, muy honrosa para El Salvador:

Francisco Gavidia: *Discursos, Estudios y Conferencias*. San Salvador. 1941.

Juan Bertis: *Ciencia y Literatura*. San Salvador. 1941.

Estudios históricos, de varios autores. San Salvador. 1941.

(Envío de la Universidad de El Salvador).

Atención de los autores:

Javier Vergara Huneus: *Viento en las jarcias*. Poemas. Santiago. Chile. 1940.

María Wiesse: *Aves nocturnas*. (Cuentos). Lima. 1941.

Alberto Arredondo: *El negro en Cuba*. Ensayo. La Habana. 1939.

(Contemos, muy agradecidos, que el autor nos ha obsequiado con varios ejemplares de esta obra para el "fondo económico" del Rep. Amer. La vendemos a \$ 2.00).

Ernesto Nelson: *Algunos puntos básicos para la reforma de la enseñanza media*. Buenos Aires. Librería y Editorial "La Facultad".

Con el autor: Medrano 1696. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Washington Espejo: *Del largo camino...* Ediciones Ercilla. Santiago de Chile. 1938.

Con el autor de esta obra poética: Macul 1624. Santiago de Chile.

Washington Espejo: *Canto al romance castellano*. Santiago. Chile. 1939.

(Volveremos con el autor y sus libros).

Doz folletos de Juan Marinello:

* Rubén Martínez Villena. La Habana. 1941. y *Perfil y sentido del Doce de Octubre*. La Habana. 1940.

Luis Oyarzun: *Las murallas del Sueño*. Premio Sociedad de Escritores de Chile para poetas inéditos. 1940. Prensas de la Universidad de Chile. 1940.

Con el autor: Santo Domingo 3535. Santiago. Chile.

Jesús H. Amézaga y Alvarez (Quetzalcóatl): *Sublimación*. La idea nueva: Montevideo. 1940.

Obsequio del Ministerio de Educación Nacional, Extensión Cultural, Bogotá, Colombia:

Archivo Santander. Vol. I. 1792-1818. Bogotá. Publicación ordenada por el Ministerio de Educación Nacional. Ordenada y dirigida por los Académicos de la Historia señores Enrique Otero D'Costa y Luis Augusto Cuervo.

Envío de don Antonio Aita, Secretario de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual. (Rivadavia 4060. Piso 4°. Dto. B. Buenos Aires, Rep. Argentina):

Europa. América Latina. Buenos Aires. 1937. (Exposiciones, Discursos, Condiciones a propósito de la Séptima Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Las Naciones, Buenos Aires, 11 a 16 de setiembre de 1936).

El libro argentino en América. Buenos Aires. 1941.

Se reúnen en este volumen los textos de los discursos y conferencias pronunciados con motivo de la Exposición del Libro Argentino realizada en el curso de año 1940 en las ciudades de Río Janeiro, Santiago de Chile y Lima).

La vida y la cultura en la Argentina. Buenos Aires. 1939.

(Se reúnen en este volumen los textos de los discursos y conferencias pronunciados en Roma y París con motivo de la Exposición del Libro Argentino).

Organizadora de estos movimientos tan importantes y editora de estos libros, no menos alocucionadores: la *Comisión Argentina de Cooperación Intelectual*.

Su asiento: Chacabuco 465. Buenos Aires. República Argentina.

*

Publicaciones del Ministerio de Previsión Social:

Ensayo biotipológico en los menores irregulares y abandonados. Por Jorge Escudero en colaboración de Carlota Félix de Garcés. Quito, Ecuador. 1941.

*

En las publicaciones de la Secretaría de Educación Pública:

La Escuela Mexicana y la solidaridad continental. México. 1941.

*

Envío del autor (Panamá):

Cumbia y otros poemas panamericanistas. Por Demetrio Korsi. Portada de Foujita. Caricatura de Beberide. París. 1925.

—:o:—

Cortesía de los autores:

Arturo Montesinos Malo: *Sendas dispersas.* Cuenca. 1941.

(Son cuentos).

Con el autor, firma ecuatoriana nueva: Apartado N° 262. Cuenca. Ecuador

Joaquín Rubianes: *El Caos del Mundo.* Buenos Aires. 1941.

Con este epígrafe significativo de Leibniz: *Sólo al espíritu que abraza todas las realidades, puede pedirse que lo una todo y que lo pacifique todo.*

Alberto Franco, Secretario del Departamento de Folklore del Instituto de Cooperación Universitaria. Montes de Oca 1015. Buenos Aires. Rep. Argentina):

La leyenda. Bosquejo de un estudio folklórico. Buenos Aires. 1940.

Atención de la Editorial Soley y Valverde, San José, C. R., 1941:

Leyendas de Costa Rica. Compiladas por Víctor Lizano H., Director del Colegio San Luis Gonzaga de Cartago.

*

Se ha creado en Popayán, Colombia el Instituto de Estudios Cooperativos del Cauca. (Correos: Apartado N° 15). Detrás de este adelanto anda el gran español A. Fabra Rivas.

El Instituto ha creado una *Biblioteca Americana de Economía*, que señalamos a los lectores preocupados. El N° 1 de la serie B. ha salido hace poco. Dice:

La Cooperación. Su porvenir está en las Américas. Por A. Fabra Rivas. Con un prólogo de Bernardo Delom.

Fabra Rivas ahora es Profesor de la Universidad del Cauca.

*

De Octavio Morato Rodríguez, Catedrático en la Facultad de Ciencias Económicas de Montevideo:

Belicismo versus Pacifismo. Prefacio. El Pacto de Munich. Las reclamaciones fascistas y la cuestión española. El fin de Checoslovaquia. En la tragedia. Montevideo. 1940.

El epígrafe de la portada: *La expansión del Tercer Reich se debió menos a su propia fuerza que a la indecisión de sus contrarios.*



DRAWINGS

of

MAX JIMENEZ

APRIL 6th to MAY 2nd, 1942

at ZBOROWSKI GALLERY

61 East 57th Street, New York

THIRTY THREE DRAWINGS AND

ONE SCULPTURE

Afroquinina

(Envío del autor. Managua, Nicaragua, julio de 1942).

La mujer ya se había dormido. El muchacho todavía daba vueltas entre dormido y despierto. El, en cambio, oía claramente el canto de los alcaravanes a quienes la noche apretaba el pescuezo. Los zancudos giraban y giraban con su lamento delgadito, cortado en hilos tenues por las tijeras de los grillos. Zumbaban persistentes, se acercaban a la oreja, se iban entre murmullos como quejándose.

Al principio el escalofrío empezaba como una caricia, luego iba creciendo, le nacía en el costillar, se le pasaba al espinazo, se subía hasta la nuca.

La fiebre entraba. Los pies y las manos helados y las mandíbulas entrecuchando sin querer. Luego los pocos vellos de su cuerpo se retorcián, se quemaban y los brazos y las piernas se le encogían y se le estiraban con esas muecas que hace la gallina cuando está en los últimos quereques.

La fiebre le iba subiendo quebrantándole los músculos, golpeándole suavemente la riñonada como para invitarle a que la mujer le sobara, le hiciera una recia caricia sobre el espinazo.

Ya empezaba a sentir ese hundimiento, esa sensación de irse cayendo y cayendo en el fondo de sí mismo, abombársele la cabeza, hacérsele grande, y salirse de las paredes a juntarse con la noche. Sí, así... la *í* del zancudo, esa *í* aguda del zancudo que va enredándose y tejiendo...

El muchacho dejó de dar vueltas; la mujer no se movía. Ahora claramente se iba elevando, se subía, pasaba por encima: arriba, más arriba y luego bajando poco a poco con el canto del alcaraván en el llano, el aullido del coyote en el monte... bajaba hasta dentro de un pozo profundo, hondo, ancho y se dejaba caer con placer, con cierto gusto de irse hundiendo, con recuerdos, confusos y lejanos, revueltos... una vaca con cara de cadejo que lo perseguía, una garrapata con cachos de toro, una chicha de coyol hirviendo en un palo monstruoso.

Había llegado ya a la finura de la fiebre, a la lucidez de la calentura alta lle-

na de fantasía y de cosas que se pueden percibir claramente. Con los ojos cerrados podía escuchar todo, completamente todo lo que antes era imperceptible, lo que no se puede oír a simple vista.

Escuchaba cómo el jelepate va entre las cañas del tapesco a digerir la sangre que se ha tragado; la pulga acomodándose en los pelos del perro; a cucaracha volando entre los tucos de toltilla; el comején comiéndose las varas del techo; el alacrán buscando un poco de calor entre la paja... Todo, todo podía escucharse.

La mujer estaba embozada. El muchacho al rincón, la mujer en medio y él a la orilla, acurrucado, viendo la sombra del perro proyectándose en el palenque y la roja brasa del fogón... más roja... ahora verde, creciendo, azulada como la mosca; color de lapa, color de pizote, color de mosca cantárida.

Y luego hundiéndose, hundiéndose, sin escuchar nada más, con una voluptuosidad chata, quieta, conforme, dejándose llevar...

Se acercó otra otra vez a la mujer. Hacía rato la había soltado; la había acariciado largo rato. Ella tembló; la mujer así era, siempre temblaba. Pero esta vez tembló más, se agitó terriblemente, se le apretó como nunca, lo estrujó con violencia.

Después la soltó. Ella se había quedado dormida...

Antes estaba caliente de calentura, pero después la dejó quieta y entonces fué cuando, después de juntársele, le fué creciendo la calentura.

Pero ahora ya estaba todo hecho. No sentía más deseos que hundirse, que hundirse muellemente en un hoyo inmenso.

Los zancudos le hacían el coro. Llovía un poco afuera y quedaban unas gotas persistentes que daban un placer.

—¿Qué hora sería?—Quién sabe! Habría que salirse para saber. ¿Para qué?

El arado ya se estaba poniendo talvez. Las dos de la mañana... Umm... Y se fué quedando suavemente.

Cuando despertó ya el chanco hoceaba ásperamente haciendo hoyos en el patio; las gallinas hacían sus gárgaras de sol; el gallo tiraba su lazo sonoro y en la rama seca de un árbol los zopilotes se calentaban con las alas abiertas en pose de águilas de monedas.

Se estregó los ojos. Ni la mujer ni el muchacho se movían.

De pronto las gallinas se asustaron en plan aspavientista de solteronas. El perro se separó del fogón estirándose con pereza y luego se fué a la puerta meneando servilmente la cola; alguien venía.

La sombra cenicienta entró primero; luego entró la voz:

—Oye, vos... Pedro.

Al principio no lo conoció y se quedó callado, pero después dijo fingiendo un tanto:

—Hola doctor... pase adelante.

El doctor pasó adelante capeándose las caricias del perro. El humo de su cigarrillo hizo su reconocimiento y las botas claveteadas dejaron huellas en el piso de tierra.

Era un recién venido; tenía apenas dos meses y según dijo el de la pulpería de la comarca, venía a practicar aquí para su examen de doctorado. Era muy bueno porque aplicaba la terapéutica oficial con dosis de brujerías. Hasta la vez no se había enredado con ninguna muchacha.

—Bueno, carajo—dijo como regañándole—¿Por qué tan tarde?

—Es que anoche doctorcito me dió la calentura.

—A ver, a ver...

E hizo ese gesto que hacen los médicos universitarios aplicando lo que desprecian, rodeándose del misterio con un rito de brujos, estirando la mano para pulsar, entornando los ojos, haciendo que ven el reloj... Ujummm... Ajá... Ajá... Bueno. Sí... Ajum... Um...

—Bueno, pero, no tenés nada

—Sí... ya me pasó...

—¿Y qué sentís ahorita?

—Pues, así... como de goma

—Ujum... Ajá... ¿Y la Juana?... ¿Y el muchacho?

—Pues ahí están—dijo señalándolos con la cabeza mientras se rascaba por debajo del sobaco.

—Bueno ¿pero no te has tomado la quina que te di?

El Pedro no contestó nada. Bajó un poco la vista escabullendo la interrogación.

—A ver, dame el frasquito, quiero ver.

—Si es que...

El visitante escudriñó en medio de aquella semioscuridad.

—¿Dónde lo tenés?

El hombre se fué al lecho y debajo del calzón almohadero extrajo el frasco de pastillas. El doctor las tomó y contra la luz de la mañana hizo el cálculo en alta voz...

—Diez centigramos... veinte... treinta... Al diablo... ¿No has tomado todos los días?

El hombre bajó los ojos y un poco confuso balbuceó: Sí, doctor.

—Bueno... Bueno... vos has tomado no más que un poquito; no has tomado la cantidad que te dije. Ai se van a joder...

La mujer se dió vuelta haciendo crujir el varamen y se incorporó con sorpresa. Al frotarse los párpados salieron a flor de ojos los turbios recuerdos de una noche tumbada de fiebres y de mosquitos. El hombre la quedó viendo con reproche y complicidad. La sucia manta se enredaba en las piernas col-

gantes y los cabellos revueltos caían sobre la oscura cara laxa y desganada.

—Bueno, hay que darle a esta mujer y al muchacho. Ya te dije lo que debés darle...

—Sí, doctor, ya sé...

El doctor no dijo nada; se lo quedó mirando con sospecha; ya sabía él ciertas cosas, ciertos gustos de esta gente tan pegada al animal, tan pegada a la tierra; como los terrones y las lombrices; estas gentes que no tenían más ánimo que el usufructo elemental de la vida. Familias cuyas mujeres salían embarazadas cada diez meses y cuyos hijos se perdían entre las fiebres palúdicas y las gastroenteritis. Se morían y los enterraban en cementerios improvisados, entre tablas de pochote y fiestas paisanas.

—Ya ves lo que dice el doctor...—musitó la mujer con una voz abollada.

El médico contestó:

—Allá Uds... son unos brutos.

Y cuando salió, ella bajó los ojos fijándolos en la punta del pie. Con indiferencia se fué levantando. El muchacho todavía soñaba. El hombre salió a la mañana y se quedó abstraído contemplando el monte con la lengua amarga y el estómago ahilado.

—Bueno, comamos, pues.

Y la mujer y él, cada uno dentro de sí recordaban la confusa noche quebra tada, los músculos gritones, la dosis exacta de aquellas mágicas pastillas que sin quitar la fiebre exaltaban los deseos, la indolencia de quedar uno junto al otro, largo rato, larguísimo rato, con la conciencia en tensión entre el delirio, los escalofríos, el sueño y la vigilia...

MARIANO FIALLOS.

Simbad

Fondo y gracia en los escritos de Quedo. Cómo mueve a sacar de ellos esta y la otra página, son tantas. Espiguemos por ahora en *Los sueños*, tomo primero, según la edición de "La Lectura", Madrid, 1916:

(En la *Visita de los chistes*): Leí con admiración las cinco profecías de *Pero Grullo*, y estaba meditando en ellas, cuando por detrás me llamaron. Volvíme y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco y vestido de blanco, y dijo:

—Duélete de mí, y, si eres buen cristiano, sácame de poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes, que no me dejan descansar, y méteme donde quisieres.

Hincóse de rodillas, y, despedazándose a bofetadas, lloraba como niño.

—¿Quién eres—dijo,—que a tanta desventura estás condenado?

—Yo soy—dijo—un hombre muy viejo, a quien levantan mil testimonios y achacan mil mentiras. Yo soy el *Otro*, y me conocerás, pues no hay cosa que no la diga el *Otro*. Y luego, en no sabiendo cómo dar razón de sí, dicen: "Como dijo el *Otro*". Yo no he dicho nada ni despego la boca. En latín me llaman *Quidam*, y por esos libros me hallarás abultando renglones y llenando cláusulas. Y quiero, por amor de Dios, que vayas al otro mundo y digas cómo has visto al *Otro* en blanco y que no tiene nada escrito y que no dice nada ni lo ha de decir ni lo ha dicho, y que desmiente desde aquí a cuantos le citan y achacan lo que no saben, pues soy autor de los idiotas y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que en los chismes me llaman *Cierta persona*; en los enredos, *No sé quién*; en las cátedras, *Cierto autor*, y todo lo soy el desdichado *Otro*. Haz esto y sácame de tanta desventura y miseria.

En la misma obra, en *El sueño de las Calaveras*:

Llegó tras ellos un avariento a la puerta y fue preguntado qué quería, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los había guardado, y él dijo que en cosas de guardar era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: "Amar a Dios sobre todas las cosas", y dijo que él sólo aguardaba a tenerlas todas para amar a Dios sobre ellas. "No jurar", dijo que, aun jurando falsamente, siempre había sido por muy grande interés, y que así no había sido en vano. "Guardar las fiestas", éstas y aún los días de trabajo, guardaba y escondía. "Honrar a padre y madre", siempre les quité el sombrero.

"No matar", por guardar esto no comía, por ser matar la hambre comer. "De mujeres", en cosas que cuestan dinero, ya está dicho. "No levantar falso testimonio".

—Aquí—dijo un verdugo—es el negocio, avariento. Que, si confieras haberle levantado, te condenas, y si no, delante del juez te le levantarás a ti mismo.

Enfadóse el avariento, y dijo:

—Si no he de entrar, no gastemos tiempo.

Que hasta aquello rehusó de gastar. Convencióse con su vida y fue llevado adonde merecía.

—:o:—

Demos cuenta de este libro que acabamos de recibir:

Walt Whitman, constructor para América. Por Babette Deutsch. La traducción del inglés—muy buena—la ha hecho Rodolfo Usigli. Es de los preciosos libros de la Editorial Seneca, en México, D. F. (Varsovia 35-A). Incluido está en los de la Colección *Arbol*.

Precio del ejemplar en dólares: 0.80.

Examinémoslo: En la página 7 nos hallamos con el famoso soneto de Rubén Darío:

WALT WHITMAN

*En su país de hierro vive el gran viejo,
bello como un patriarca, sereno y santo.
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo,
algo que impera y vence con noble encanto.*

*Su alma, del infinito parece espejo,
en sus cansados ojos dignos del manto
y con arpa labrada de un roble añejo,
como un profeta nuevo canta su canto.*

*Sacerdote que alienta soplo divino,
anuncia en el futuro tiempo mejor.
Dice al águila: "¡Vuela!", "¡Boga!" al marino,*

*y "¡Trabaja!" al robusto trabajador.
¡Así va ese poeta por el camino
con su soberbio rostro de emperador!*

En la página 8 damos con esta declaración ejemplar, y que la lean con provecho mujeres de nuestra América, tan sin devociones, sustentos y sostenes así:

(Pasa a la pág. 269).

Cuatro sonetos y un bosquejo

(En el Rep. Amer.)

HERMANOS

Peso del aire, vuelo de la tierra,
en opuesta verdad y simbolismo.
Doble color del cielo y del abismo
que el ojo exacto de la vida encierra.

Sal aceptada. Dulcedumbre en guerra.
Paisaje del espejo y de ti mismo.
Isla del sueño. Musical bautismo.
Angel sin voz que amarra y que destierra...

Vamos,—niños de polvo, gotas ciegas,—
en ansias verticales o vencidas,
cumpliendo lo mandado por entregas...

Es anillo de muerte el que nos junta.
Y en asombro de encuentros y partidas
se vuelve de ceniza la pregunta...

RETRATO

Ternura móvil que enraizó a mi lado.
Niño grande sin nombre y sin alero.
Huésped del sueño en cuerpo verdadero.
Corazón en mis manos levantado.

Pago del día. Saldo del pasado.
Secreto dulce y hábil curandero.
Mina de venas rotas y minero
que en otra mina encuentra lo que ha dado...

El silencio, tan largo, tiene ahora
pájaros irisados y despiertos
bajo una luz madura y vencedora.

Te mueves en lo real, pero has salido
—rostro de soledad, voz del olvido,—
de la masa caída de mis muertos...

HOMBRE NUEVO

Perfil sobre preguntas recortado.
Ojo en vigilia. Brazo activo y fuerte.
Buzo bajo lo amargo. Abanderado.
Lidiador de las sombras y la suerte.

Narciso sin espejo, que no advierte
más que el ajeno rostro y su cuidado.
Samaritano del amor. Alado
señor del aire, y dueño de la muerte.

Te alzaste del dolor, patente y alto,
cogiendo sueño y vida por asalto
y cambiando los hechos y la hora.

Los dioses han de hacer lo que decidas:
porque brilla en tus manos convencidas
una Estrella Vital y anunciadora...

ATISBO

En espacios futuros que no mira
el ojo distraído o satisfecho,
se alza—esbozo inicial, luz en acecho,—
todo el anhelo que en la tierra gira.

Ya el Mundo Viejo sufre su mentira
y rompe la crueldad del molde estrecho.
Y un hombre de silencio sobre el pecho
junta a la hoz la clave de la lira.

Alas sueltas reparten la promesa
de gajos dulces y de harinas puras
sobre el clamor que pasa y que regresa...

Y en la noche de sangre, las criaturas,
—bajo redes de angustia prisioneras,—
trazan mapas sin ayes ni fronteras...

Bosquejo de García Monge

En el espacio limpio del cariño
—con sustancia completa y forma intacta—
este gran Don Joaquín no es huésped: vive,
y es dueño de mi clima y de mi casa.

Su rostro de bondad me alumbra noches.
Su palabra de ayer nunca se acaba:
en las voces más jóvenes y activas
palpita su verdad comunicada...

Sale en riesgos y afanes de servicio
explorando los ayes de la raza,
y se mueve por rutas prodigiosas
como en el cuento de La Alfombra Mágica.

Conductor de conciencias que se empujan.
Vigilante de surcos y nidada.
De su alforja de luces nos ofrece
el grano de lo cierto y de la fábula.

A su calor se juntan corazones
y siguen su señal pasos en marcha.
Dos largos mares su lección extienden.
Dos litorales recios la proclaman.

En su ciudad de nieblas y colinas
está sobre cabezas agrupadas.
Peregrinos que pasan se detienen
para mirar su nombre cara a cara.

Sin él la Patria grande del anhelo
tal vez sería más pequeña patria,
y hermanos en el canto y en la idea
tendríamos enmedio la distancia.

La lucha del presente me lo entrega,
porque es el capitán de la esperanza...
Le encuentro entre las páginas del libro:
se llame Erasmo, Marx o Santayana...

Vestido de pobreza decorosa
—monge laico en el centro de las aulas—
su mano que dirige juventudes
es mano que no toca lo que mancha.

Si la espina le duele, no la evita.
El sorbo de salmuera no le amarga.
Y con sonrisa así... casi de niño,
pastorea los sueños y las almas.

Por eso se hace firme su presencia,
en forma duradera y en sustancia.
Esta tarde de junio me la dice
en las húmedas sílabas del agua.

Y su imagen amable me sonríe,
como cuando le dí canciones párvulas.
Y la veo adueñarse de mi acento,
recortada en un fondo de nostalgia...



Este cuento...

Pedro se llama el niño. Seis años a lo sumo. Una de sus ganas: comer helados. Otra: jugar. ¿Dónde, cómo, y con quién? Sobre todo ¿con quién?, porque no halla siempre con quién juntarse. Hay en la casa que sigue otro niño de la misma edad, más o menos, con quien suele jugar. Pero hay días en que se queda solo.

Entonces me busca, me visita. A veces le va bien, si me halla también solo y desocupado. Un día me halló con un señor, se detuvo, esperó impaciente por ahí afuera, se fue, volvió... Cuando al fin pudo entrar, me dice: —¿Ya se fue ese carajillo? (Alguien se ríe).

Conmigo no juega; lo pongo a jugar solo, con cáñamos, hules, papeles con franjas de color, que recorta difícilmente o me pide que se las recorte; con hojas ilustradas para niños o no. Se echa en el suelo a verlas, muy entretenido. Si no hago esto, se me pone travieso; hay que jugar, entretenerse en algo. A veces lo pongo a que me arregle paquetes del Repertorio. Los amontona, los extiende; se aburre al fin de eso.

De pronto pasa una carreta; es raro que por una avenida como esta ya pase una carreta. De un vuelo, Edgar ha salido. Logra que el boyero lo monte y a lo sumo, se arriesga a seguir con él una cuadra o dos. Le teme a la madre, que lo cuida mucho. A veces el paseito es en carretón, aunque los carretoneros—en lo acogedores—no son como los carreteros.

Un día, como tantos otros, Edgar me hace una visita, porque hay días en que pasa desdénoso y apenas si me alza a ver. Se sienta, se queda quieto. Se me ocurre entonces contarle un cuento:

...Pues como pasó una carreta, el niño quiso montarse y se montó. El boyero bueno se lo fue llevando, cruzó aquella esquina y siguió adelante. Ya van por los Mercaditos, ya van por la carretera, rumbo a San Francisco de Dos Ríos, rumbo a Desamparados, no estoy seguro. Hay potreros y cafetales a los lados del camino. Se pasa un puente y otro puente. Ahora se sube por una cuesta. Se oyen unos pájaros, brama una vaca. El camino se hace largo, muy largo. Ya no se ven casas, ni se topan güilas, ni se topan viejos.

(El niño me escucha inmóvil, no aparta de mí los ojos).

Ya el boyero va cuesta arriba, montaña arriba. (Güiii, buey!). Y paso a paso, ya está más arriba, (Oigo decir: No!...) Tan lejos va, que desde tan alto se ve San José. Qué bonito se ve San José! Sopla un viento fresco en la cumbre del monte. Todo se siente muy solo. (No!...) Potreros y potreros, sembrados, montañas y montañas allá lejos. (Con los brazos alzados y con la voz alargo las distancias). Y lo peor es que ya está anocheciendo. (Con misterio en la voz).

De pronto los ojos del niño se llenan de lágrimas y afligido me pregunta:

—¿Y ahora qué va a hacer la mamá de Pedrito?...

CLAUDIA LARS

San Salvador, El Salvador, junio de 1942.

Julio de 1941.

J. GARCIA MONGE

Adiós, don Pedro...

(Del semanario *Hoy*, Santiago de Chile, 22 de enero de 1942).

Ha muerto un gran Presidente. El dolor del desaparecimiento de Aguirre Cerda hace que las manos juntas del pueblo se alcen, muy ceñidas, muy pálidas, desde lo profundo de nuestra nacionalidad ante la grave prepotencia de la muerte. La familia chilena ha revelado en su duelo inmenso el vínculo primordial que la une y salvaguarda por encima de banderías, clases o partidos, para llorar al auténtico hijo del pueblo que ungido por el veredicto democrático, regía los destinos de la nación y gobernaba no para una fracción, sino para la totalidad de los chilenos.

Cada pequeña y humilde bandera enlutada que en cada hogar de Chile hacía una seña trémula al que entraba en la eternidad, cada campana tañida en la ciudad o en el campo, cada corona, cada llanto, cada silencio constituyen la expresión de una ternura colectiva a la vez que el símbolo de la indestructible hermandad chilena. Tanto une el laurel triunfante como la negra flor de la muerte. El atributo de lo perdurable aparece y se impone. Por los caminos del dolor la caravana inquieta y sonámbula que es un pueblo en marcha, se apretuja y recupera los nudos de la sangre y del destino común, el círculo original de los lazos naturales. Más que las voces, son los sollozos a veces los que nos funden en un coro.

Si Aguirre Cerda es tan llorado, es porque en su efígie de varón, chileno, en su vida de sudor y de actos puros, en su acervo espiritual, el pueblo chileno se veía expresado, representado, enaltecido. El pueblo pegado a la tierra, laborioso y sufrido, heroico y esperanzado. Así llegaron en romería muda e interminable al pie de la urna donde dormía don Pedro su sueño postremo, el campesino y el militar, el maestro y el sacerdote, el obrero y el niño, la madre y el anciano, todos los anónimos hijos del trabajo que laboran en la dura tierra de Chile. Allí estaba tendido uno de los suyos, un hombre tosco y moreno, tierno y ardiente que empezó desde abajo, desde la tierra, que luchó y sufrió, aprendió y triunfó, suspensos los ojos, ardido el pecho por la fe, tensa la voluntad de roca, entregado a la forja del destino de Chile. El mismo pueblo que bailó y cantó en las calles y plazas de Chile en un noviembre luminoso y tejió guirnalda ebrias, enmudece y ora en otro noviembre sombrío, en que el rayo de la muerte cayó súbito y violento hiriendo el corazón de Chile.

Gobernó sabia y austeramente, con serenidad y justicia, plan y método, sencillez y dignidad. Evitó querellas,

apagó pasiones, calmó resquemores. Tuvo siempre un gesto comprensivo, una sonrisa indulgente, tacto y bondad, clara conciencia del ideal, norma intelectual y aptitud decidida para el sacrificio. Su intención fue siempre pura y con su propia alma animó el fuego de la libertad. Su visión de estadista no fue sólo la consecuencia de un instinto ciego sino la maduración de toda una vida consagrada al estudio y solución de los grandes problemas nacionales. Sabía de agricultura y técnica, industria y educación, derecho y finanzas. Más que caudillo fue profesor e hizo del ejercicio del poder, una cátedra fría y ardiente a la vez. Cuando un vasto movimiento popular lo hizo su abanderado, renunció el gesto demagógico y abrazó la causa del pueblo sin alardes, ni estridencias. Sus discursos jamás arrebataron, pero convencieron. Hablaba firme y pausadamente, sin elocuencia. Hablaba al pueblo como en el aula, exponiendo y analizando, sin imágenes pero con razonamientos, sin

embriaguez romántica pero con realismo patriótico.

En los comienzos de su administración, una espantosa catástrofe asoló a Chile destruyendo pueblos enteros. Luego vino la guerra y sus repercusiones en la economía nacional. Ardua era la jornada, pero para él, hombre reposado e inquebrantable, todo ello fue un incentivo en lugar de un desaliento. La virtud más grande del chileno, es hacer de la adversidad un bien positivo. Fatalismo activo, pujanza fiera, indomable sustancia. Y allí está su obra que ha de juzgar la Historia: producción, higiene, educación, bienestar social, progreso democrático, afirmación de la chilenidad. Fue prudente y tenaz, noble y sencillo, optimista y abnegado. Su propia muerte es como un rasgo de su propia vida: ocultó y sobrellevó su mal y cuando ya no pudo más, se confió a sus médicos; pero demasiado tarde. Su muerte lo define y lo que emana de su muerte es gloria y ejemplo imperecedero.

Cuando me despedí de él me dijo: "Usted se va a un gran país, montañoso como el nuestro, muy pequeño, pero con gente muy esforzada y valiente. Le va a gustar mucho". Todavía lo estoy viendo: pequeño y afable, un "hombre del campo" o un profesor cualquiera, llano, soriente, familiar. Se esforzó mucho por vincular a Chile con Centroamérica. Se interesaba por todo lo que venía de estos países. Dió a la política internacional chilena un fuerte y leal sello de americanismo y quiso siempre que Chile ligara su suerte a las naciones hermanas del continente, a las cercanas y distantes, tanto en lo económico, como en lo cultural o jurídico. Con él muere no sólo un gran hijo de Chile, sino también de América.

Y muere cuando el destino nos pone a prueba, en uno de los instantes más tremendos de la historia de la humanidad. El dolor de los chilenos ante su ausencia tiene también mucho de calofrío ante el porvenir. Nos deja cuando más lo necesitábamos. De ahí que perseveremos en su recuerdo y nos esforcemos en dar cumplimiento a la obra iniciada por él con tanta pasión y tanto ahínco. Nos inclinamos reverentes ante su memoria y confiamos en que su espíritu superior, ya reintegrado al misterio, nos apoye e ilumine, fortalezca nuestro corazón y nuestro brazo, purifique nuestro patriotismo y temple nuestra voluntad para la lucha y el sacrificio que, seguramente, el porvenir nos demanda.

Escribo estas palabras ante su retrato enlutado lejos de Chile, pero frente al Mar Pacífico, que une a Chile y El Salvador con un destino tan inmenso como sus aguas, que ahora centellean y golpean nuestra tierra y nuestro ser, apremiándonos y fundiándonos. Si él pudiera hablar, me diría "no es tiempo de llorar mi muerte, la vida alimentada por la muerte es una exigencia suprema, un deber cotidiano. Si mi vida sirvió para algo, que también sirva para algo mi muerte. No me coloques una corona que se marchite, sino una llama, tu propio espíritu alentado por la fe y por el deber". Don Pedro toma con su pausa dulce y peculiar el sitio que le corresponde entre nuestros inmortales. Y desde ahí, como un maestro incansable, inclinando su rostro de tierra oscura y arada hacia la patria huérfana, continúa dictándonos su lección que nos viene con un poco más de luz, de silencio y de eternidad.



Don Pedro Aguirre Cerda

HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA
San Salvador, El Salvador.

Recado sobre don Juan Antonio Ríos

(Cortesía del Encargado de Negocios de Chile en Costa Rica, don Joaquín Larraín).

El hombre de nuestro acuerdo nacional nació en una provincia a la vez famosa y oscura. Famosa lo es Arauco más que otra cualquiera y la miramos como el corazón mismo de la raza. Y es oscura, porque acabados sus años de epopeya—que mejor llamaríamos de Pasión—ella pasó a tercerona en la jerarquía económica del país; se apagó en cuanto a pobre y a desviada de la gran ruta central. Allí nació D. Juan Antonio Ríos y un poeta le envió su infancia espejeante de relatos folclóricos. De esta infancia se cuentan unas austeridades domésticas que lindaron con la pobreza. Millán Iriarte en su biografía corta y substancial, llama a la familia Ríos "hidalgos campesinos", y eso eran, un rezago de viejos granjeros españoles vueltos criollos pobres. La buena sal de la pobreza dió al niño Juan Antonio lo que ella siempre da: "cierta firmeza áspera por absoluta y la resistencia a la corrupción de los centros".

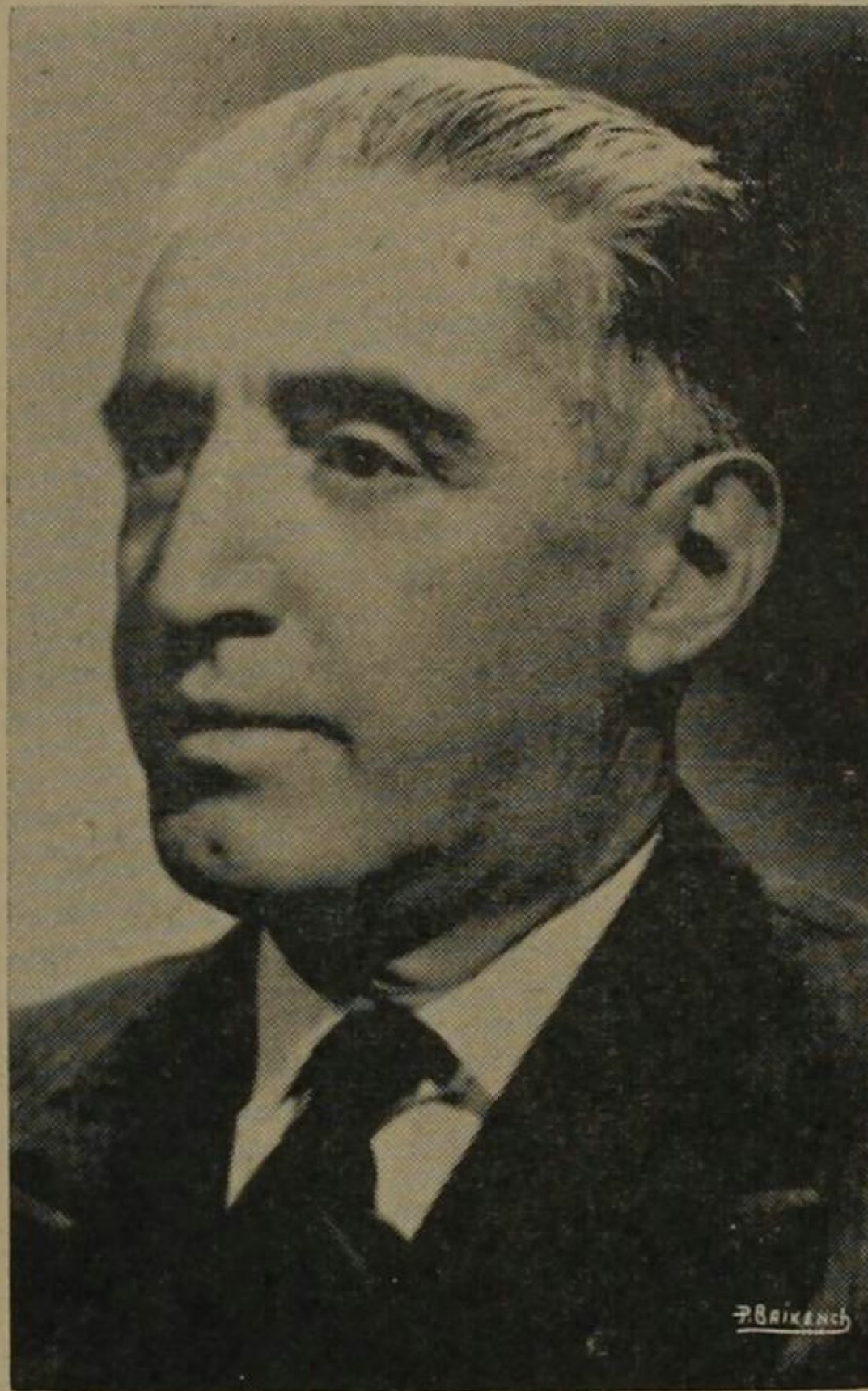
El padre faltó y la madre regaló al hijo la maternidad-paternal frecuente en nuestro mujeriego. Doña Lucinda Morales buscó el pan y "crió" a la prole en el sentido más bíblico de la palabra, sustentando la carne y haciendo el alma.

El niño no tuvo ni casa ancha ni escuela hermosa ni juguetería viciosa ni mimos sobrados. Aprendió lo que más necesita el republicano de un país pequeño: la angostura de los recursos, el "poco" y el "suficiente". Su escuela de Cañete y su Liceo de Lebu no podían regalarle gran cosa; pero su colegio penquista (1) supliría más tarde las fallas y las flaquezas. Concepción había de volverse el núcleo de su buena suerte y el de su Destino hasta el punto de que talvez debamos nuestro hombre tanto a la madre como a la noble ciudad. Porque Concepción ejerce una doble manipulación sobre propios y ajenos: ella da cultura y contagia una especie de señorío democrático al transmitir su sentido de las categorías; ella siempre "imprime carácter" en sus hijos o ahijados. A pesar de ser muy ciudad y por ello liberal y liberizante, ella no se destaca con pretexto de internacionalismo y viene a ser una matrona castísima entre nuestras ciudades. Concepción y el señor Ríos se formaron y se mantienen jerárquicos y democráticos al mismo tiempo. Ambos gustan de la austeridad como del clima único en que sea dable hacer algo; pero los dos repugnan el envalentonamiento autoritario.

Don Juan Antonio Ríos siguió más tarde leyes en la Universidad de Santiago y ha ejercido la profesión que más envicia en la vida urbana pero turnándola con la vida de hacendado: gran *sagesse*. Por esto talvez su elección dió la sorpresa de unas mayorías acá ciudadanas, y más allá rurales. El campesinado que puso su dolorida esperanza en otro hombre del campo, el Presidente Aguirre, y lo amó bien y lo siguió filialmente, recobra ahora a su hombre de origen campesino y se fía y confía a su sensatez terrícola.

Las provincias del Sur llevaron varias veces al señor Ríos hacia la Cámara y el Senado; él participó en todas las legislaturas de veinte años y por esto conoce el país como un fruto en hueso y en pulpa. El ha visto, en asambleas y parlamentos, la inanidad de los discursos y no los prodiga mucho, por más de que bien pudiese complacerse en varias de sus piezas oratorias.

(1) Llamamos penquista lo originario de Concepción.



Don Juan Antonio Ríos
(Presidente de Chile)

En su carrera política, el señor Ríos lo ha sido todo: soldado raso y capitán, jefe aclamado y jefe perseguido; ejecutor y consejero, conductor o seguidor de las corrientes de opinión. De este modo, él llega a su triunfo como el puma alcanza la madurez: marcado por los garfios del espinal, y un tanto sollamado por los fogatas de los "roces" criollos... Lo cual quiere decir que ha probado en la carne las grandezas y las miserias de la democracia, que lo han enamorado aquéllas y éstas lo han disgustado muchas veces. Seguramente el señor Ríos ha leído con cabal convencimiento las palabras del señor Mackenzie King, el jefe canadiense, sobre una reorganización a fondo de la democracia. Motejada de lenta y de lerdá, después de vencer tendrá que rejuvenecerse para los jóvenes, volverse más substancial para los maduros y limpiarse de demagogías para los viejos que no creen en algaradas vanas. El señor Ríos como el señor King no ha desahuciado a la democracia, persona vitalísima, rica de futuro todavía, pero él también, según sus discursos y su acción, desea que la ilustre Persona rinda más, convenza a sus incrédulos y se salve en salvándonos. Nadie, ni el demócrata más terco tolera ya el concepto de unas democracias hambreadas y levantiscas o mejor dicho, refunfuñonas por hambreadas.

Las últimas labores de nuestro político, las que él tiene más próximas en experiencia y las más preciosas para nosotros, son la Dirección de la Caja de Crédito Minero y de la Caja Hipotecaria y su participación en los trabajos de la Sociedad de Agricultura. El triángulo nacional de la mina, agricultura y crédito forma la víscera cordial de la vida chilena, por lo cual puede decirse que el señor Ríos ha tenido sus manos puestas sobre todos los re-

ursos del país. Nada de nuestra realidad inmediata ha quedado fuera de su vista. Como los técnicos que hacen a grandes lanzadas de pluma el gráfico de metales y cereales, de lanas y fibras, de carburantes y abonos, midiendo los pulsos vitales de un territorio, el Presidente Ríos conoce las abundancias y las escaseces, las seguridades y las volubilidades económicas de su patria.

En las pocas semanas de la lucha electoral, el pueblo tomó posesión de sus deseos verdaderos y vió de golpe lo que le traía este provinciano en su programa parco, parvo y hasta seco: una política de absoluta economía y el compromiso subrayado de mantener la constitucionalidad, línea tónica de nuestra historia. El pueblo encontró bueno a su candidato para tiempos de cataclismo y de hambre a las puertas. Lo vió como una especie de José abastecedor del trigo en la seca y como un repartidor con manos limpias y eficaces. Las tres clases sociales convinieron en la resolución, casi sin discursos o recados, en uno de esos relámpagos de intuición colectiva que se parecen a la ojeada ansiosa que se dan las multitudes en riesgo mortal. Una vez más la muy cuerda chilenidad acertaba en lo primario y lo vital: salvar el aprovisionamiento de un país pequeño, acogotado por la guerra.

Siempre agradeceremos a Don Juan Antonio Ríos el que en medio de la tempestad haya visto claro el que las democracias criollas se desprestigian por su torpeza o su lenidad en la política económica, pero le agradecemos, otro tanto, el haber sabido también que los pueblos viven tanto de libertades como de carnes y féculas.

Mirando a lo agrimensor la vida del Presidente Ríos, variada a semejanza de nuestra orografía, contradictoria en la apariencia, siempre volitiva, se acaba pensando en que él llega a la Presidencia como a un menester total ensayado por años en oficios parciales. El realismo se lo dió la tierra y la casa pobres; su opción definitiva por la ley le vino del contacto viscoso con el desorden, y su política positiva parece la herencia recobrada de los viejos Presidentes creadores.

En cuanto al sentido criollo-americano, que fué una honra de los dos gobiernos anteriores, podemos creer que él está saturado del mismo fuerte continentalismo. La América criolla quiere como nunca ser una, ligarse, entabarse, volverse un organismo racional por articulado. Aún los mismos de la *disidencia*, sienten el valor moral de la *coincidencia* y saben que irán hacia ella tarde o temprano.

Yo querría decir aún lo que vemos los escritores en los discursos documentales del Mandatario. El gremio verbal por excelencia tiene que rastrear a su nuevo capitán en períodos escritos y en charlas familiares. Ellas nos dan la acción directa y pura, un modo de *decir* en que parece que comenzase el hacer. Su expresión oral recuerda a los que mandan en campamentos de camineros o en canchas de metal, teniendo a los lados piedras por colocar y por desplazar, materiales desperdiciados por descubrir y estorbos por aventar para el buen despejo de la faena que comienza. Esta lengua parecida a la flecha, de frase corta y enjuta, es por excelencia la que el pueblo celebra más y retiene mejor. Ella se asemeja al hablar objetivo de la gente rural; ella es pueblo rectificado, pero pueblo. Esta habla, además, carece de escondites y rodeos mañosos y nos vuelve hacia el Chile clásico en el que se

hablaba sin ladinería y sin aliño, en una de-rechura viril. Este decir no es el vaho caliginoso que han traído después los habilidosos y donde la verdad se escabulle o se esconde como el pez con un coletazo diestro...

Por lo mismo que las promesas del señor Ríos han sido netas y sobrias, las retendremos bien, como las cuartetos populares, las repetiremos para tonificar nuestra fe y las recordaremos a los demás dirigentes del régimen, si

éstos las olvidan o las diluyen al administrar.

En las elecciones fuimos pueblo "auditor" que se convence y se decide y desde ahora pasamos a ser pueblo "cobrador" que repite a modo del estribillo de un romance resabido lo que el Mandatario honesto prometió darnos y quiere darnos por la mano de sus administradores y a lo largo de seis años.

GABRIELA MISTRAL.

Dos hombres y una enseñanza

(De El Tiempo. Bogotá, abril 2 de 1942).

Un gran talento desprevenido y ricamente equipado, asiduo lector de biografías por la curiosidad que le inspira el hombre de carácter, ha puesto sus ojos, por el momento, sobre la vida de Kemal Ataturk o Kemal Pachá, designación con que es mejor conocido este reformador del estado turco, de las costumbres musulmanas y de la vida interior de sus súbditos. De cuanto me dice tan ilustrado y sagaz confidente saco las siguientes reflexiones.

Muy de tarde en tarde produce la especie humana ejemplos de tal jaez que acaso nacen menos raramente, pero no surgen porque los ambientes de este fin de mundo son hostiles a los grandes valores genuinos. La instrucción obligatoria ha nivelado por lo bajo las inteligencias y ha difundido hasta en las capas inferiores de la sociedad un género de escepticismo avieso, calculador y torpemente envidioso. Nace el hombre grande, pero los ambientes generosos y propicios para su desarrollo ya no existen. El hombre tuvo en otras épocas la inclinación a admirar y seguir a las grandes figuras de la especie. La emulación cunde aun en los más ínfimos escalones de las capas sociales y la emulación es favorable al desarrollo de las virtudes cotidianas, pero no al surgimiento y desarrollo de los caracteres excepcionales.

A tiempo que en Europa un hombre de estatura moral elevada y de grande inteligencia, como Winston Churchill lucha diariamente contra un enemigo sin escrúpulos, dueño casi exclusivo del continente, la mezquindad de algunos de sus conciudadanos trata de empuñarlo ante la nación y de atarle las manos de que está haciendo uso para defender toda una civilización.

En un pueblo tan antiguo como Inglaterra y mucho menos civilizado, ha nacido un conductor de multitudes que tuvo la obediencia y la admiración de sus compatriotas y realizó cosas trascendentales y maravillosas en favor de los súbditos y del mundo civilizado. Usó de severidad. Acaso en algunos momentos tuvo que va-

larse de leyes crueles para hacer cumplir sus propósitos. Pero la crueldad y el terror no hicieron parte de sus medios de reforma. Fue la persuasión su mejor arma de combate social y apeló más bien a la prueba del hecho cumplido que a la destrucción para convencer por medio del terror.

De esta manera abolió el califato. Conviene advertir que esta reforma, en un pueblo eminentemente religioso, constituido en estado mediante la transformación de un caótico acervo de mitos en principios teológicos, tenía profundamente arraigado el sentimiento de un poder espiritual. Kemal Ataturk tuvo la intuición del obstáculo que tal institución podría ser para el progreso de su patria y aceptó como parte de su misión civilizadora eliminar una forma de religiosidad que en contingencias fáciles de prever podría ponerse en pugna con el estado. Da una idea simbólica de lo que significa esta reforma imaginar lo que sería para el catolicismo la abolición del papado por un poder extraño a las categorías del rito.

Kemal Ataturk se atrevió con reformas todavía más hondas y trascendentales. Tuvo por necesario para incrustar a los turcos de hoy en el bloque de la civilización contemporánea, cambiar el alfabeto de su idioma, primer paso, sin duda, en el rumbo de transformaciones que él tenía por indispensables para la felicidad de la patria. De un día para otro los ciudadanos de Turquía se vieron obligados a cambiar los signos de una lengua más antigua que la civilización, de un idioma ligado a sus creencias y supersticiones, por los símbolos de alfabetos odiados al través de los siglos. Para comprender el significado de esta reforma baste pensar cuál sería la consternación de los italianos ante la hipotética resolución de cambiar las letras latinas por los símbolos gráficos de la lengua de los nipones.

Ataturk cambió, además, el absurdo traje de las mujeres; modificó las costumbres del hogar musulmán, les abrió la luz y la perspectiva de

Caballeros:

sus vestidos de casimir

Señoras y Señoritas:

sus abrigos a la medida o sus vestidos de estilo sastre, sólo la

SASTRERIA LA COLOMBIANA

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

podrá complacerlos; única especializada en esta clase de trabajos.

HAGA UNA VISITA Y SERA BIEN ATENDIDO

50 varas al Sur de la Cantina Chelles, Paseo de los Estudiantes

TELEFONO 3283

Sucursal en CARTAGO: 50 vs. al Norte del Teatro Apolo.—Sucursal en HEREDIA: frente al Teatro ASTRAL.

las calles soleadas a las ciudadanas de Turquía, no sin procurar su mejoramiento social señalándoles el camino de las profesiones masculinas y la manera de allegarse a ellas.

En el centro de Europa ha surgido un hombre cuya triste figura logra poner a sus pies setenta millones de hombres que renuncian al uso de sus libertades y de todas las prerrogativas humanas para cumplir, obedeciendo al jefe, la obra de rencor y exterminio nacida de sus diabólicos instintos. Ciegos hay que admiran la extensión del estrago que ejerce este enemigo de la especie sobre una civilización en que ni sus aptitudes de artista ni sus odios e instintos de la caverna lograban hallar adecuado asiento.

Kemal instauró substanciales reformas en su pueblo. Su talento y su fuerza aplicados con un hondo sentido de la responsabilidad cambiaron las costumbres del turco para ponerlo en el itinerario de los humanos destinos. Puso al hombre en su sitio frente a los dioses y a la civilización. Desvió corrientes culturales de milenios de años de existencia para enseñarles a sus gentes un modo más digno de vivir usando con discreción de las amenidades de la existencia.

El hombre del centro quedó entre los vencidos de 1918. Así vió Kemal ponerse el sol de la gloria turca en aquel año por haberse aliado su país con los enemigos de la paz y el derecho. Kemal aprendió la lección envuelta en la catástrofe y se dió a hacer de su pueblo un posible aliado de la humanidad en la conquista de su natural destino.

El hombre de la Europa central no concibe transformación alguna que pueda ser beneficiosa para su raza. Quiere mantener a su pueblo siempre igual a sí mismo. Ni aspira tampoco a hacer que los otros pueblos se parezcan al suyo. Aspira a dominarlos y a usar de ellos en su beneficio. De la derrota Kemal derivó una lección saludable y eterna que es la de la fecundidad del talento aplicado a procurar el bienestar general.

¿Qué será del pueblo alemán en la derrota que todas las apariencias le preparan en esta sanguinaria tentativa de predominio universal? ¿Qué será de los pasajeros conquistadores de Polonia, Francia, Yugoslavia, si salen vencidos, como lo piden el simple decoro, la moral internacional, el equilibrio del mundo y las leyes rigurosas de la justicia? Si no surge entre esas gentes un hombre capaz de captar las enseñanzas de la derrota, el mundo tiene el derecho y la equidad le da el poder de buscarlo y ponerle en aptitud de cumplir, satisfactoriamente, la magna empresa.

B. SANÍN CANO

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfin SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

La ventura de América

El ideal bolivariano

(De *El Universal*. México, D. F., 24 de julio de 1942.—Envío de Roberto de la Selva).

Los festejos a la memoria de Bolívar se debieran dejar a los borrachitos de pueblo, a los borrachitos de provincia a quienes se permite, por inveterada tradición, convertir los velorios en fiesta. En cuanto huelen muerto, acuden. La familia doliente los tolera. Para ellos se destapan las botellas. Para ellos, hacia la madrugada, se sirve la cena. Son consoladores voluntarios. Prestan un cariñoso servicio social. A ellos se les debiera dejar toda conmemoración bolivariana.

Porque toda reunión para celebrar a Bolívar huele a muerto. A Bolívar lo honramos, en capilla ardiente. Lo sabemos cadáver y por eso abusamos de su memoria. Si volviese a la vida y viera de cuántos modos nos valemos para hacer una hipocresía constante de su ideal de unión hemisférica, todos sabemos cómo nos llamaría.

—o—
Cuando el señor Presidente Lázaro Cárdenas recibió las cartas credenciales que le presentó el primer embajador del Perú enviado a México, pronunció un bello discurso en el que recordó a Bolívar y en el que dijo que el más alto ideal de los hombres de América era el ideal bolivariano de Unión. El Presidente Cárdenas dijo más; dijo que se debía laborar por la ciudadanía única continental. Parecía como si México fuera a tomar la iniciativa en ese sentido. Pero no. Terminada la ceremonia, aquello fué como cuando se acaba un velorio pueblerino.

El ideal bolivariano es una especie de chaqueta que se ponen los hombres públicos para ciertas ocasiones, y que luego se quitan y doblan y guardan cuidadosamente. El ideal bolivariano huele a bolilla de nafta. Es útil para los discursos. Todavía no ha encarnado en ninguna iniciativa viril bien y sostenida. El ideal bolivariano es almáico de retórica. No encarna hecho vida, hecho pasión, en estadista alguno.

Los vecinos del Norte han aprendido pronto de nosotros. Desde hace cosa de dos años vienen sirviéndose, ellos también, del ideal bolivariano. El Vicepresidente Wallace no lo deja. No tiene más que mencionar a Bolívar y, ¡ presto!, se hace el milagro de entenderse perfectamente con nosotros. En una ocasión, hablando por radio desde Nueva York en celebración del día "Soy Americano" (*I-am-an-American Day*), el Presidente Wallace también auspició la idea de la ciudadanía hemisférica. Y bien, nada. Nada. Absolutamente nada.

Tal vez ahora, con el doctor Alfonso López de Presidente de Colombia por segunda vez, el ideal bolivariano se alce del túbulo en que periódicamente se le abruma de coronas y discursos. En la primera presidencia de López ese gran espíritu que es don Baldomero Sanín Cano, a la sazón senador de la República, casi gana una gran batalla bolivariana. La proposición que presentó al Congreso de Colombia para reconocer como ciudadanos colombianos por nacimiento a los nacionales de las demás repúblicas latinoamericanas que legislaran en igual sentido, fué rechazada por escasa mayoría de votos. Sanín Cano a buen seguro que está dispuesto a volver a batallar. En el Presidente López a buen seguro también, Sanín Cano hallará esta vez refuerzo indispensable para el triunfo. Los Presidentes en las Américas pueden todo lo que se proponen de veras.

—o—
El doctor Alfonso López, invitado por el Presidente Roosevelt, ha visitado recientemente

te los Estados Unidos. Hijo del banquero más rico de Colombia—Don Pedro A. López—el doctor Alfonso López se educó en Norte América, en Worcester, Massachusetts, y más tarde en Dartmouth College, dedicándose a la economía y las finanzas. En su país ejerció de banquero, como gerente del Banco Mercantil de las Américas, el sindicato bancario controlado por Seligman & Co. y Brown Brothers.

La depresión económica de por 1928 llevó a la Casa de Pedro A. López y al Banco Mercantil a la ruina. Alfonso López se lanzó entonces a la política.

Alfonso López dirigió la campaña electoral del doctor Enrique Olaya Herrera, candidato del Partido Liberal, quien fácilmente derrotó al candidato conservador, el poeta don Guillermo Valencia. Por aquella época Valencia había pronunciado el más largo y el más elocuente discurso sobre Bolívar que registra la literatura de este género. Claro, en las urnas electorales no le valió nada. Cabalgando a Bolívar se puede llegar a la cumbre del Parnaso. Los eruditos en mitología mediterránea saben que una de las funciones de Pegaso era llevar almas al otro mundo. Adonde ni Bolívar — muerto definitivamente — ni Pegaso pueden llevar, es a ocupar un puesto de política.

Homenaje a Stefan Zweig

(De *Las Últimas Noticias*, Santiago de Chile.—Envío del autor).

Sobre las causas reales que indujeron al fino autor de los *Momentos Estelares* a poner término a su existencia, se han tejido numerosos comentarios en la prensa chilena. No es nuestro propósito añadir uno más. Nada esencialmente nuevo tenemos que decir acerca de la muerte de Stefan Zweig. La carta póstuma del maestro es bastante explícita y a ella debemos atenarnos, haciendo fe, como siempre, a su palabra definitiva. Nos explicamos, desde luego, la sorpresa de algunos literatos sudamericanos frente a la resolución extrema de Zweig y aun el oportunismo de muchos admiradores de última hora. ¡Un hombre tan moderado y que había obtenido tanto éxito con sus libros en nuestro idioma! Pero la verdad íntima del artista es más compleja. Stefan Zweig no era de aquellos escritores que se dejan arrebatar por las corrientes en boga. Su espíritu creador planeaba muy alto por encima de las aguas turbias de la beatitud teológica o política. (Neotomismo o archistalinismo. A veces se dan los dos en uno...). No ignoraba que las mismas ideas cumplen a menudo funciones opuestas en las distintas capas sociales. Desarrolló justamente tal concepto en forma poética al estudiar el pensamiento vivo de Tolstói. En dicho estudio escribe Zweig literalmente, sin atenerse a ningún Index negro o rojo: "Así como los ríos del Paraíso corren desde el centro en direcciones opuestas, así las ideas de Tolstói fertilizan de manera extraña los movimientos más hostiles del siglo XX". Para concluir en seguida: "Ninguno de los revolucionarios rusos del siglo XIX preparó tanto el camino a Lenin y a Trotsky como este conde antirrevolucionario que fué el primero en desafiarse al Zar y que perseguido por la excomunión del Santo Sínodo, abandonó la iglesia".

Quienes tratan, pues, de sumar hoy a Stefan Zweig a cualquier dogma de obediencia traicionan su memoria consciente o inconscien-

Alfonso López, pues, no es bolivariano en el sentido en que lo es Valencia en Colombia, o el poeta Carlos Pellicer en México, o Mr. Wallace en los Estados Unidos. No. Ha sido banquero. Luego político. López sucedió en la presidencia a Olaya Herrera. Y esto es lo admirable: que sin hablar de Bolívar tomó en sus manos el asuntillo aquel asqueroso de la llamada "guerra de Leticia" que había promovido el tiranuelo peruano Sánchez Cerro para afianzar su despotismo, y lo de Leticia—una región peruana que había sido mal cedida a Colombia y que Sánchez Cerro se empeñaba en recobrar a la fuerza—quedó solucionado: Colombia devolvió ese territorio. Colombia tenía toda la razón legal; pero no la moral. Alfonso López dijo que en tales circunstancias, una guerra con Perú sería caína. No habló de Bolívar. No se sirvió de Bolívar; sirvió a Bolívar.

Por él acaba de hablar Bolívar nuevamente, sin que tampoco esta vez haya hecho mención del Libertador. A Alfonso López lo sucedió el Dr. Eduardo Santos, y ahora López sucederá a Santos inaugurando su gobierno el 7 de agosto. Durante su visita a Washington, López ha tenido sugerentes cosas que decir. La principal, que después de las Conferencias Interamericanas de Río de Janeiro y de la Habana, lo lógico es crear un Congreso Interamericano que se reúna periódicamente y represente la soberanía hemisférica. No ha necesitado mencionar a Bolívar; lo ha resucitado. Lo que propone es que se convoque al Congreso de Panamá y se le ponga a andar.

SALOMÓN DE LA SELVA

temente. Zweig era sobre todo un espíritu solitario y libre. Ningún halago era suficiente para torcerlo de su ruta independiente, responsabilísima.

Durante los últimos años de su vida, entre nosotros, lejos de su país nativo y del ambiente artístico europeo, estuvo más sólo que nunca, sin muchas ocasiones de hablar y menos de oír hablar su idioma a las gentes. La tragedia de los escritores de lengua germánica, obligados a huir de la barbarie fascista, se ha hecho particularmente insostenible desde la entrega de Checoslovaquia a Hitler. Ellos no tienen como los españoles liberales actualmente dónde publicar sus obras en su idioma original. Y, como es sabido, para un escritor auténtico el idioma es lo que más importa.

Ernst Toller, que a principios de 1939 se suicidó en Nueva York, decía en un artículo aparecido poco después de su muerte: "Es difícil para los escritores vivir en países donde no se habla su lengua; ellos, que tienen necesidad de escuchar lo que dice y calla su pueblo, sólo oyen sonidos extraños cuyas inflexiones más sutiles les resultan inaccesibles".

Stefan Zweig daba la impresión a primera vista de no estar tan hondamente afectado como el célebre dramaturgo alemán, bien que tampoco aceptara su entusiasmo ingenuo de otra época. Sin embargo, en alguna página de sus últimos libros es fácil encontrar el eco inevitable de una marcha fúnebre con sordina... Y también fuera de sus últimos libros, en cuartillas más circunstanciales. No podemos menos que copiar aquí estas reveladoras palabras pronunciadas por Stefan Zweig a fines de 1940 ante las cenizas de Hernández Catá:

"Nosotros, europeos de esta generación maltrecha, debíamos en verdad haber aprendido hace buen tiempo el arte de resignarse, pues, ¡de cuántos que eran caros a nuestro corazón

hemos debido separarnos ya! Hemos perdido hogar e idioma, posición y casa, y, más aun, hemos asistido al desaparecer de la esperanza que nos dió ánimo en nuestra juventud, y de los ideales que nos hacían soñar; hemos perdido la credulidad y la confianza; desde hace largos años no hacemos, en el fondo, otra cosa

que despedirnos, y la resignación estoica, desprovista de queja, se nos ha hecho ya casi costumbre".

¿Cabe añadir nuevos discursos a este discurso de despedida de Stefan Zweig?

ENRIQUE ESPINOZA

Democracia no es parlamentarismo

10 Julio 1942.

Sr. don Joaquín García Monge.

Querido amigo:

Publicó usted en el *Repertorio* un artículo de Waldo Frank tomado de *Sur*, en el que explica el desconcierto mental de la juventud en los Estados Unidos. Algo parecido sucederá en la América Latina; tengo aquí una carta de R. L., uno de los jóvenes más cultos de la República Argentina, quien después de explicar el estado del país y la desorientación de los pocos que se dan cuenta del daño, acaba diciendo: "lo peor es que ni una revolución mejoraría esto".—Hace meses vengo callando; hay algo que me ahoga por no poderlo decir.—Hoy no puedo más: ¡allá va!

—:—
Cuando pasó por Veracruz el expresidente de la segunda república española, Don Niceto Alcalá Zamora, dijo una verdad como un templo: Dijo:—"La libertad es el Sol, la dictadura su eclipse". El buen señor no se dio cuenta de lo que decía; porque del mismo modo que el Sol se mueve con leyes astronómicas fijas, los eclipses se pueden predecir con toda regularidad. Se predice el día, la hora, el minuto de un eclipse.

¿Qué es lo que causa el eclipse del Sol-Libertad? Esto es lo que deberían estudiar los filósofos, profesores de ciencia política, los profesionales de sociología. En lugar de atacar este problema, despotrican contra el fascismo, el nazismo, el clero, el capitalismo, etc., etc.

Voy a tratar de exponer la primera ley del Eclipse de la Libertad:

Cuando en una sociedad, el régimen político ha ya caducado, y no se ha cristalizado el régimen futuro, es inevitable la dictadura, el despotismo, la tiranía, el poder personal.

Esta proposición es evidente en sí misma. Nadie va a defender el régimen caducado, porque la minoría que lo aprovecha es cobarde y suicida; nadie va a imponer el régimen futuro, porque la minoría que lo presente no ha conseguido concretarlo. Podría probarse esta fatal ley del eclipse de la Libertad con ejemplos de la historia:

—Roma-ciudad se convirtió en Roma-estado, con provincias. La clase que beneficiaba del antiguo régimen (el Senado) no quiso aceptar el cambio que proponía "el círculo de los Escipiones". Los partidarios del cambio (Gracos) no tenían un programa democrático. El resultado: Mario, Sila, César... el poder personal. Algo parecido se repitió en el siglo IV con Diocleciano. En el siglo XII el régimen imperial—con su secuela el feudalismo—había caducado; los barones no quisieron reconocer la necesidad del cambio; los burgueses, los ciudadanos, no tenían un programa concreto. El resultado la monarquía absoluta. Cuando la revolución inglesa los lores no quisieron transigir, los puritanos no supieron imaginar nada mejor, el resultado Cronwell. En la revolución francesa los girondinos llegaron sin haber cristalizado una filosofía republicana moderna. Todos querían sólo ser Brutos y matar al

tirano ¡Luis XVI! Fueron barridos por la demagogia y después Napoleón.

Creo inútil proponer ejemplos más recientes; la obcecación es tan grande, que ni aún el por qué se eclipsa el Sol interesa a los rezagados con mentalidad del siglo XIX. Lo que dirán al leer estas líneas, si es que las leen—esta gente no lee, sólo cruje de dientes y maldice—lo que dirán es:—"Ya dilucidaremos esto después de destruir al fascismo, al nazismo, al falangismo, etc., etc. Lo primero es extirpar el cáncer, curar la lepra, limpiar la roña, etc.—¡Pobres gentes perezosas de pensar! ¿Quién la ha traído la roña?—Cuántas veces, en aquellos nefastos días de la Segunda República española, oía decir a los que antes eran más radicales:—"Todo, todo, todo menos esto, hasta Goicochea (¡yo no sé quién es Goicochea!) ¡hasta Don Alfonso!",—Ahora, dirán algunos también: "Todo, todo menos esto", pero habrá muchos que querrán esto.—En cambio, ni uno de los "del pueblo" que perecieron en la Guerra civil española luchaba por Azaña y los fantasmones y oradores del Parlamento.

El "todo, todo menos esto!", con casi unanimidad, trajo el eclipse que lamentaba Don Niceto:—¿Por qué lo destituyeron?—No hay un solo español que lo sepa. He oído varias versiones. Y creo contienen algo de la verdad, por lo menos son verosímiles; pero, de tan baja calidad las razones y excusas, que uno no puede recordarlas, si es persona decente.

El eclipse de la libertad española fue resultado de haberse manejado la república con una constitución de ideología atrasada de cincuenta años. Cuando la hacían ya escribía diciendo:—"Hagan algo moderno, envíen comisiones a los países nuevos de Europa, para ver cómo funcionan las naciones jóvenes que se dieron constituciones nuevas después de la guerra". Europa era entonces un laboratorio constitucional y se podía apreciar ya que la constitución de Weimar era un fracaso; que en Checoslovaquia la nación se mantenía por

el prestigio personal de Masarik, pero que ya el espectro de Benesh aparecía como una amenaza; se podía ver que Pilsudky—el socialista revolucionario—había tenido que cerrar el parlamento; que el noble joven rey de Yugoslavia había tenido que imponerse como dictador—además Grecia, Portugal, Turquía... ¡Y el tremendo caso de Francia! Pasé por Francia el año 1934 y había por las calles pasquines pidiendo la reforma de la Constitución: uno de ellos era sólo el cuadro de los retratos de los treinta jefes de gobierno que había tenido la república en los últimos quince años. ¡Un ministerio cada seis meses!

No sabían los políticos improvisados de las Cortes Constituyentes españolas lo que ocurría por el mundo, pero ni siquiera deseaban saberlo. Un día Besteiro dijo: "Hay que hacer un palacio del Parlamento nuevo, digno de estos días de república".—Sí sí, escribí en los periódicos, un nuevo palacio, de un Parlamento nuevo, sin leones, ni estatuas de la Ley y la Justicia... ¡Un edificio moderno, con bibliotecas de estadísticas, despachos para técnicos, archivos de información, y pocos salones de cacharrería, de mentideros, de pasos perdidos, pocos anfiteatros para discursos...! pero ¿quién podía privarlos de discursar a los legisladores españoles? Aquello resultó el espectáculo más nacional; más espectáculo y más nacional que los toros.

Mientras tanto en Europa se hacían tres intentos de régimen político con algo más moderno que el parlamento de la mitad más uno. El primero, se empleó en la Sociedad de las Naciones, que no fracasó por faltarle un parlamento, "a la siglo XIX", sino por la malicia de los grandes y la cobardía de los pequeños. El segundo, la Constitución de la Federación de las repúblicas soviéticas, que no sufre tampoco de la falta de Parlamento romántico "a la francesa". Y la tercera, el proyecto de la Pan-Europa, redactado por la Academia de Ciencias políticas de París, que tampoco incluía entre los engranajes del estado federativo el parlamento deliberante, con derecho a votar la destitución del Ejecutivo. La nación mejor gobernada de Europa, que es Suiza, tiene un gobierno formado por ministros vitalicios y el presidente es uno de los ministros que se turna cada año. ¡Hay que pensar en mañana! ¿Qué harían ustedes?—¡Unas elecciones!... ¡Un parlamento! ¡Otro tirano!

JOSE PIJOAN.

Señas: Route 2, Box 348.
Albuquerque, N. Mex.,

Uno de los muertos de esta guerra...

(De *El Tiempo*. Bogotá, 25, V, 42).

Rehabilitar el prestigio del congreso es labor tan urgente como difícil. Porque son los mismos congresistas quienes contribuyen más eficazmente al descrédito de la institución. Los mismos agentes de la democracia destruyen así una de las bases esenciales del gobierno republicano. Si decididamente resultare imposible darle al parlamento nuevo vigor, habrá que pensar desde ahora en buscarle sustitutos de esencia democrática. Porque no hay duda. Uno de los grandes muertos de esta guerra será el sistema parlamentario, tal como ahora funciona.

En los Estados Unidos el desprestigio del congreso ha llegado ya a los últimos extremos. Los ataques de la prensa hablada y escrita han asumido tales proporciones, que los congresistas, celosos de su dignidad y prerrogativas, tratan de defenderse. El representante Edward Herbert declara: "A

menos que se haga algo drástico para ponerle fin a esta campaña de prensa que se empeña en ridiculizar al parlamento, base de la democracia, todo nuestro sistema de gobierno se desplomará". Y el senador Bankhead acusa a los periodistas de "actitud subversiva" y pide al departamento de justicia severa investigación. "Pero, dice Time, el pleito del congreso no es con la prensa. Es con la opinión nacional". El famoso columnista Raymond Clapper, escribe: "El congreso se ha convertido en una colección de políticos, que acaso pudieran servir en tiempos normales del pasado; pero la ignorancia y el provincianismo de los actuales congresistas, les hacen inaptos para las necesidades de un gobierno moderno. El pueblo no hace el menor caso de lo que hagan o digan los parlamentarios, porque sabe que el 99 por ciento de

lo que se oye en el recinto de la cámara o del senado es producto de la ignorancia, la demagogia, la vanidad o el interés y no debe ser escuchado con confianza". "Nadie, agrega Time, niega hoy el hecho de que la opinión se guía por la prensa, la radio o las declaraciones del gobierno, y que los debates parlamentarios, sólo causan risa. Sin duda hay unos cuantos jóvenes que tratan de hacer en el parlamento obra constructiva; pero la inmensa mayoría de los congresistas ganaron sus curules como

premio a servicios políticos. Pocos, muy pocos, tienen claro concepto de los acontecimientos mundiales ni conocen las corrientes del pensamiento moderno, y carecen por lo tanto de condiciones elementales para ninguna acción directiva".

No hago sino exponer hechos que encuentro en la prensa extranjera. Y como suele declararse en ciertas películas, digo yo: cualquiera similitud que se halle entre estas informaciones extranjeras y la política criolla, es puramente coincidencial...

CALIBÁN

Cabos sueltos

Nota del Editor.—Humberto Díaz Casanueva, a la par que escritor y filósofo de renombre continental, forma parte del servicio diplomático de su patria. Hasta hace muy poco desempeñaba las funciones de Encargado de Negocios de Chile en San Salvador. El Rector de nuestra Universidad, Licenciado Alvarado Quirós—con plausible preocupación de mover nuestro ambiente—tomó la iniciativa de invitarlo para que viniese a dar algunas conferencias sobre temas de su especialidad. Los estudiosos le esperaban con interés en la primera quincena de este mes de agosto y el propio Díaz Casanueva se mostraba muy deseoso de conocernos de cerca, según lo escribió a su amigo y colega don Joaquín Larraín. Una decisión del Gobierno de Chile ha venido a anular inesperadamente el viaje del autor de El Blasfemo Coronado. Chile ha resuelto abrir una Legación en el Canadá y Díaz Casanueva ha recibido orden de trasladarse a Ottawa. Esto, naturalmente, ha decepcionado a sus amigos y en especial a Repertorio Americano, que con complacencia muy sentida le ha ofrecido siempre sus columnas. La esperanza que este viaje del conocido educador chileno Díaz Casanueva a San José pueda realizarse en alguna otra oportunidad, disminuye el sentimiento con que ahora lo sabemos postergado.

—:o:—

San José, Costa Rica, 9 de junio del 42.

Sr. Director de la revista Reseda
Juan Viñas.

Mi estimado señor: hace días que estoy por escribirle y así dejar atendida la carta suya en que me presenta un cuestionario de actualidad, relacionado con sus labores docentes, las de la Escuela Cecilio Lindo.

Como vivo alejado de las escuelas públicas, no me doy cuenta de algunos de sus aspectos y menos de los que se relacionan con la guerra actual. De modo que no sé qué podría aconsejarle. En términos generales, como se trata de escuelas hispanoamericanas—yo miro el Continente—habría que decirles a los maestros, con sus revistas docentes, o escolares, que estudien la técnica del Espíritu, en la que la América nuestra es débil, y a su servicio pongan las fuerzas de nuestros pueblos, a fin de ganar para el Hombre la guerra que no se ve, la de la justicia social y la libertad, sin las que no hay República bien asentada. Repito, es una técnica, y los maestros deben estudiarla, con historia y filosofía y juicio cabal de la santidad de hombre. Sacar estas Repúblicas de las sombras en que viven, he ahí la gran tarea de las escuelas y colegios.

Su revista Reseda me gusta. Con un poquito más en la dirección de que antes le hablo, podrían Uds. hacer una obra de reconstrucción recomendable, necesaria y laudable. Habría que conversarlo. De Uds. atto. y ss.,

J. GARCÍA MONGE

—:o:—

Advertencia

Apreciado colaborador y amigo:

Los escritos breves hallan más lectores y se publicarían más pronto. El poco espacio de que en realidad disponemos, y no siendo ahora las ediciones tan frecuentes como antes, nos obliga a retrasar —lo que nos apena— la publicación de los trabajos extensos (los que ocupen más de dos páginas de este semanario).

En lo sucesivo, mándenlos, pues, escrituras cortas. Es consejo que le da una ya larga experiencia en el Rep. Amer.

Mayo de 1941.

EDICIONES ERCILLA

(Agustinas 1639 - Casilla 2787. Santiago de Chile)

Los últimos libros publicados:

Del escritor húngaro Elemér Miklós:
Y aquí viven entre nosotros...

Historias escritas directamente en castellano.

Un relato de Benjamín Subercaseaux:
Daniel (Niño de lluvia). Lo ilustra
Alfredo Renard V. Edición definitiva.

En la Biblioteca Amauta, serie América:
Cristóbal Colón: El Descubrimiento de América. (Diario de navegación).

Prólogo de Luis Alberto Sánchez. Notas de la edición de Fernández Navarrete, Las Casas y de L. A. S.

Simbad

(Viene de la pág. 262).

Siendo una mujer joven me encontré con estas palabras de Walt Whitman:

"Anda, querido amigo, si necesario fuera renuncia a todo lo demás, y comienza hoy a aversarte al ánimo, a la realidad, a la propia estimación, a la exactitud, a la elevación.

No descanses hasta afianzar y sacar a luz tu propia Personalidad".

Estas líneas me estimularon tanto que empecé a leer a Whitman de pasta a pasta, y lo he seguido haciendo una y otra vez durante más de cincuenta años, encontrando en él valor para sostener mi propia verdad, mi personalidad y todo lo que estimo en la vida.

Por lo tanto, es una profunda satisfacción para mí que esta biografía suya haya obtenido mi premio.

JULIA ELLSWORTH FORD

Y de veras que se trata de una notable biografía de Walt Whitman. Consta de 11 capítulos. Y un apéndice: una selección de 23 poemas en que se trata de presentar la historia de la propia vida del magnífico poeta.

Volveremos con esta biografía edificante; el campo es dilatado y hay dónde esigar.

CUADERNOS AMERICANOS

(La Revista del Nuevo Mundo)

Publicación bimestral.

Apartado Postal 965.

México, D. F., México.

Suscripción anual:

(6 números)

3 dólares.

El ejemplar: 0.60 dól.

Chlorocid

Tabletas a base de cloro orgánico para desinfectar el agua de bebida.

Una o dos tabletas en un litro de agua la dejan estéril a la media hora de contacto.

En frascos de 50 tabletas para esterilizar 50 ó 25 litros.

Apartado 1351 - San José, Costa Rica

Compramos los tomos I a XXX de este semanario.

Empastados, en buen estado, sin roturas ni manchas.

Oímos propuestas. Diríjanse al Apartado de Correos Letra X., en San José.

Párrafos de una charla por radio

(En el Rep. Amer.)

...Ved este proceso evolutivo. Estado e individuo son los polos opuestos de un mundo político. El uno crece a expensas del otro. A medida que aumenta el poder del Estado, decrece el del individuo. Y viceversa: según éste se eleva, o tiene más poder, o más libertades, el Estado se debilita. ¿Cómo se forma el Estado moderno, ese monstruo erizado de púas, que va absorbiendo las actividades del individuo? Arrebatando en igual escala al ciudadano su personalidad, su autonomía, su libertad, todas las categorías de su yo. La condición para que el Estado sea fuerte, es que el ego sea débil. Todo esto se ve más claro, a la luz que viene de los países del eje. En estas condiciones, el Estado para subvenir a su existencia, tiene que impulsar enormemente el desarrollo de la maquinaria que la defiende. Hablo de la técnica. Y como ésta alcanza índices fabulosos bajo el signo del Estado omnipotente, algunos creen que es la civilización la que madura bajo el sol asfixiante de ese régimen integral. Hasta cierto punto, parece ser así. Si civilización viene de *civis* (ciudadano) y de *civitas* (ciudad), no cabe duda de que se puede aplicar esa palabra al resultado de un proceso técnico capaz de revolucionar *in melius*, las condiciones físicas de la vida. Esto lo hace la técnica. Pero la *fae material*, es sólo un aspecto de la vida total. Porque ésta tiene otra vertiente: la moral. Digamos: economía y espíritu. Realidades inmediatas y necesidades trascendentes. Las primeras, bien pueden ampararse bajo el signo de civilización, asunto de *acá abajo*. Pero las segundas caen bajo el patronato de cultura, cultivo de valores superiores, negocio de altura. Hoy la civilización no puede ser un coto individual, sino social. En cambio la cultura, hoy como en todo tiempo, sólo puede ser propiedad individual, pues consiste en la evolución y perfeccionamiento indefinido de la personalidad humana. Algo así como un proceso místico que tiende a transformar la naturaleza inferior del hombre en otra naturaleza purificada.

De aquel desarrollo excesivo de la técnica en el Estado omnipotente, parece deducirse, (según lo apuntado más arriba) que, la condición precisa para que la civilización marche, sería que la libertad retroceda. Esta parece la más alegre de las paradojas, y no obstante, es una verdad inconcusa, derivada del desequilibrio, o falta de ajuste entre el desarrollo cultural y el técnico. Para que el Estado actual pueda subsistir, tiene que entrar a saco en el coto cerrado de la personalidad. Y ved cómo por todos los caminos llegamos a la misma conclusión: la masa, de la que es órgano el Estado moderno, es el polo opuesto del individualismo de la escuela liberal. Y requiere para su función, órganos no monopolistas, sino de tipo social.

Cuanto más medito sobre el tema, más creo que la historia política de la humanidad oscila en un movimiento de péndulo del Estado al individuo, y del individuo al Estado. Pueden darse tres posiciones fundamentales: una de equilibrio y dos de desequilibrio.

El equilibrio entre ambas oscilaciones, da la fórmula de la *democracia liberal* del siglo xix.

La oscilación pendular en el sentido del Estado, da la fórmula de la *democracia social* del xx.

La oscilación en el sentido de la libertad, dará en el futuro la fórmula de la *democracia ácrata* o *sindicalista*. Y aparecerá el municipio como único poder. Esta será, quizá, una de las etapas finales y más perfectas de la evolución del poder político. Desarmado y atomizado el poder central,

el municipio sería el único poder social, dentro del cual, el individuo, al recibir su partícula de poder, contraería su parte de responsabilidad en la marcha de esa sociedad simplificada. Responsabilidad mínima, como mínima la partícula

de poder recibido. Pero, no tan pequeño este último, que, fortalecido por el sentido de responsabilidad, como una coraza ética, no pudiera garantizar a su vez, una gran disciplina social.

VÍCTOR LORZ

Dr. E. GARCIA CARRILLO

ELECTROCARDIOGRAMAS
METABOLISMO BASAL
RADIOSCOPIA

CORAZÓN - APARATO CIRCULATORIO

Consultorio: 100 varas al Oeste de la Botica Francesa

TELÉFONOS: 4328 y 3754

Para qué sirve la filosofía

(De Centro América, 9-XI-41. Envío del autor. San Salvador, El Salvador).

Cuando tenemos frente a nosotros la máquina de escribir—este modesto producto del maquinismo contemporáneo que, fuera de darnos rapidez y precisión en el trabajo, humaniza la tarea del operario del linotipo—podemos decir que la máquina sirve para "algo" concreto, pues es ella una cosa terminada, una herramienta en las manos del hombre, una cosa útil, un utensilio. Lo útil sirve de modo evidente. Y si tenemos una casa, modesta o suntuosa, ella también es casi una cosa terminada, algo concreto que nos sirve para escondernos del mundo y vivir nuestra vida, pues cuando la casa se convierte en hogar, toda ella se llena de la intimidad secreta y dulce del santuario o del templo.

Pero la filosofía es otra cosa, mejor dicho, es algo que no llega a ser cosa concreta, y de allí que la pregunta sobre su aplicación directa a servir, resulta algo muy difícil de responder. Tenemos "la filosofía" y "las filosofías", de igual modo que tenemos la cultura y las culturas. Unas veces su ejercicio nos sirve para conocer y es racionalismo claro y geométrico, de belleza integral, sometida a leyes, casi como una sinfonía. Otras veces nos sirve para elevarnos dentro de nosotros mismos, en una ansiosa ascendencia llena de fuerza vital, hasta ponernos en contacto con las cosas sutiles y altas, y es el idealismo lleno de luz celeste. Cuando el alma que filosofa está triste y ha perdido lo mejor de la vida, eso que se llama esperar, y querer, admirarse y arrojarse, entonces la filosofía desata una silenciosa marejada de tinieblas sobre el Universo y se convierte en escepticismo.

Hay también la filosofía de la soledad frente

al mundo, que aunque no llena el Universo de espesa tiniebla, lo baña de abandono y de angustia y el ser se siente atraído por el desamparo y se pone a llorar. (Este llanto, con todo, no deja de poseer una plenitud de infinito amor, porque entonces levanta en los horizontes su estandarte de luz, su lienzo purísimo, esa potestad angélica que se llama la piedad).

Y por allí, al margen de todo esto, queda lo otro, también conmovedor, que nos permite ver el mundo con ojos de niño, con ojos de sencillez, percibiendo las cosas desnudas de todo misterio, tal como son, haciendo de cada una de ellas la expresión de valores eternos pero simples, esencial y ondeante.

¿Será acaso posible llegar algún día a reunir y juntar todas esas filosofías y hacer de sus múltiples faces algo coherente y claro, fuerte y humano, útil a la vida, suave al pensamiento, ligero al corazón dolorido y tímido de la criatura?

No sabremos decir mucho acerca de esta mágica posibilidad. La filosofía está condenada a ser perpetuamente una filosofía de la filosofía o de las filosofías. Movimiento ascendente como es, a cada palmo que eleva el espíritu del hombre sobre las fronteras de lo desconocido, surgen en el horizonte—como desafío a nuestra voluntad de saber—las nuevas realidades, los nuevos misterios. Lo que en un comienzo de la historia de la cultura estuvo muy cerca del corazón del hombre, aparece mucho más lejos, y más grande. Se juntan en la vida dos sentimientos contradictorios: el sentimiento del poder y el de la impotencia. La certeza de las cosas eternas, infinitas y absolutas, y la otra de lo efímero. De este modo, la filosofía se traduce en una travesía interminable en el deslumbramiento, pero al mismo tiempo oscura y de allí que, de un modo natural, se llene toda ella de un sentimiento equivoco, de descontento o de resignación.

Sin embargo, no todo es desamparo y caminar sobre zarzas. Algo suave como un bálsamo va cayendo en el alma a medida que se adentra el hombre en la buena dirección. Y se expresa este milagro cuando la palabra del filósofo se traduce en dirección para los humildes, en apoyo de la justicia, en acicate para la verdad; y entonces la filosofía, si en verdad de poco sirve al filósofo, sirve, evidente, la causa de la humanidad, que está en dar garantías más amplias a la vida y a su elevación.

N. VIERA ALTAMIRANO

En San Juan de Puerto Rico
consigue Ud. la suscripción a
este semanario con:

A. VICENTE & Co.

P. O. Box 241

En Caracas, la consigue con:

Doña CELIA DE MADURO

Apartado 481.

Cuatro poemas sin título

(En el Rep. Amer.)

(Esta poesía fue escrita al recibirse de Inglaterra la penosa noticia de haber muerto en "algún lugar", luchando por las libertades del mundo, el joven *Harold Bellwood*. Vivió él en Costa Rica por unos meses, y partió poco antes de estallar la actual conflagración. Se hizo querer de cuantos lo trataron por su sencillez y por la bondad de su corazón, unidas a un talento no común.—N. del A.)

Español de niño; sonrisas.
Fresas con natilla; vida.
Hoy muerte. ¡Muerte!
Te han muerto, Harold...
Tu florecencia ha sido tempranera y violenta.
No probaste las frutas que soñara tu mente.
No fecundaste en carne,
la carne de tu novia.
Tu carne destrozada,
tu carne de muchacho de veinte años apenas
se pudre hoy en la tumba.
Te han muerto los salvajes...

¡Mas no importa!
De tu sangre estrujada,
de la sangre estrujada de todos los que han muerto,
ha de brotar de nuevo la libertad del mundo.
Y aunque hoy tu madre llora,
estoy seguro, Harold,
de que allá en las alturas
sonríes con tu risa,
con tu risa de niño,
con tu risa de niño con alma de centauro,
y tus manos quisieran tomar las manos viejas,
y dándoles un beso,
elevant sus pulgares hacia el cielo.

30-XI-41.

*

Es extraño.
Yo era
una canción.
Es extraño.
Yo era
un espejo encantado.
Y ahora
soy una cuerda rota
y en mí no se reflejan
futuro ni pasado.
Vivo el presente,
y es un presente estático
donde el sol ni despierta
ni se pone.
Donde no brillan las estrellas,
y la luna
ni es menguante ni es llena.
A veces me pregunto
si mi sombra soy yo
o mi yo está en mi sombra.
(Me sigo a todas partes
y no me encuentro).

Y grito, grito, grito!
Y mi voz en el viento
vuelve en ancas del eco
gritando: la has perdido!

Mayo de 1942.

El tictac, (vida!, vida!),
el tictac se ahonda y muere
pero vuelve a nacer d' sus cenizas.
Cada uno pareciera ser el último,
y cuando pasa sólo fue el primero
de una nueva cadena.
Cada uno es el eco
del anterior.
Todos tienen dos caras:
primero... último...
último... primero...
Y se repiten hasta el infinito...

Su impulso está en sí mismo.
De mí no necesita,
y cuando parta un día
brotando en otra vida,
seguirá repitiéndose
el tictac como un dedo
que señala hacia arriba...

Mayo de 1942.

*

Ante el papel en blanco, frente a la noche negra
el poeta se quejaba:
me siento estéril, yermo,
con los ojos reseco y la boca salada,
y una amargura inmensa que me apretuja el alma
y no tiene el consuelo
de poder convertirse en una lágrima.
La amargura
se me ha ido adentrando;
es el dolor eterno de saber que soy carne
y de sentirme al tiempo profundamente humano...
Quisiera ser un círculo
para tener un número infinito de lados;
ser una curva suave
y sencilla
que tuviera en sí misma su principio y su fin,
y un centro equidistante de todas las distancias
impregnado en perfumes
que fueran diluyéndose para todas las cosas por igual.
Agotarme, exprimirme, quemarme en una hoguera
suave y pura de luces, con chispazos serenos,
para que al apagarme
entrara dulcemente al reino de lo eterno...
¡Oh angustias infinitas de ansias insatisfechas!
¡Oh qué limitaciones las de la carne humana!
Sentir los ojos secos y la boca salada,
y sentir que algo vibra más allá de la tierra.
¿El tronco añoso y seco,
producirá retoños?
¿Florearán un día sus yemas agotadas?
¿La savia riente y clara
correrá por sus venas?

Calló el poeta.
El silencio vibró al són de sus lamentos,
y entonces, ¡oh milagro!, sintió que en lo profundo
una voz le gritaba desde el tiempo infinito:
¡"Te quejas, y estás creando!"

MARIO HERNÁNDEZ

Costa Rica, junio de 1941.

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
UN TOMO: \$ 3.00
DOS TOMOS: \$ 5.00
oro am.
Giro bancario sobre
Nueva York

En las vísperas del ataque japonés a la India ha venido a renovarse uno de los más inquietantes problemas morales que, a lo largo de los siglos, han conmovido a la humanidad.

Así es esta guerra. Luchan en ella los ejércitos y las escuadras pero, al mismo tiempo, combaten encarnizadamente ideas, teorías, doctrinas. En Europa, en el mundo occidental, pugnan principios como los de libertad, democracia, personalidad humana o los de raza, poder, Estado total. Pero, allá, en el misterioso Oriente, en la India milenaria, son otras las ideologías que se enfrentan en esta contienda de los espíritus.

Allá va a realizarse ahora, en efecto, un extraño ensayo ético, una desconcertante experiencia de orden moral. Va a someterse a la prueba decisiva, la del hierro y el fuego, aquella antiquísima máxima de que no se debe resistir al mal; de que no se debe repeler la violencia con la violencia. No es ahora la convicción singular de un individuo aislado. Masas humanas inmensas, innumerables, ante una invasión japonesa, parecen dispuestas a declarar una guerra de brazos caídos.

Ante semejante actitud, nosotros, los occidentales, o nos reímos, o nos indignamos. Pero allí, a orillas del Ganges, se nos aparece un hombrecillo de mísera catadura, descalzo, destocado, casi desnudo cual un antiguo gimnosofista; con un cuerpo esquelético, ojos de musaraña y orejas de murciélago... "No, no,—protesta;—nosotros no predicamos la cobardía, que es peor que la misma violencia; ni la deserción, ni la huida ante el peligro. Nosotros no empuñaremos la espada, es verdad; pero emplearemos un arma invencible: la resistencia pasiva, la negativa heroica a colaborar con el invasor. Recluidos en el fondo de nuestros hogares, no le ayudaremos, no conviviremos, no le veremos. El invasor, asfixiado en su aislamiento, nos llamará; no iremos. Nos mandará; no obedeceremos. Nos encarcelará, nos azotará; no reaccionaremos. Nos matará, no mataremos. Con nuestro sufrimiento consciente obtendremos la victoria. Al mal no se le vence con el mal sino con el bien; a la violencia no se la aniquila con la violencia sino con el sacrificio. Para triunfar sobre el enemigo, hay que empezar por superarle moralmente".

"Está loco!" responderíamos los occidentales ante esa prédica. Pero el caso es que a ese loco, a ese loco que ha conocido las persecuciones, la prisión, los golpes del populacho o las condenas de las autoridades; a ese loco le siguen en su país decenas de millones, tal vez centenas de millones de seres humanos.

Hace ya unos cincuenta años, ese mismo hombrecillo, Gandhi, muchacho entonces de poco más de veinte, había abandonado su playa natal y se hallaba de estudiante en Londres. Del sol del mar de Omán había pasado a la niebla del Támesis.

Recuerdo haber visto un retrato suyo de esa época, no sé si en el libro de Romain Rolland. Vestido y peinado a la europea, el joven asiático muestra en su semblante una expresión reconcentrada y humilde, el recogimiento del pensador, que, en el fondo, se cree más fuerte que el hombre de acción; la humildad del místico, que, en lo íntimo, se siente superior al soberbio.

Por aquellos años, Gandhi abrió un día el Evangelio de San Mateo. Quedó admirado, suspendido, ante aquellas palabras sublimes: "Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Mas yo os digo: no resistáis al malo; antes bien,

Morir sin matar

Ante la invasión de la India

(De El Tiempo. Bogotá, 1º de mayo del 42).



El Gandhi cuando joven

y de su verbo, esa misma tesis de no resistir al mal y sufrir pasivamente la violencia.

—"Pero ¿y si un asesino entrase en tu morada—arguía contra Tolstoy el buen sentido humano—y diera muerte en tu presencia a tu esposa y a tus hijos, no recurrirías a la fuerza para defenderlos?"

—"No. Mi mujer y mis hijos son mortales; la muerte no es un mal. Pero, en cambio, es un mal la violencia", contestaba el apóstol de Iasnaia Poliana con el heroísmo del absurdo".

Mahatma Gandhi fue discípulo, admirador y amigo de Tolstoy. Le pidió consejos; mantuvo con él correspondencia. Ensayó en la India, frente a los ingleses, el método de la resistencia pasiva. La Gran Bretaña enviaba sus paños y telas: La mercancía se acumulaba en los muelles sin que nadie quisiera tocarla. Entre tanto, por oposición al colonizador, en la intimidad de los hogares volvía a oírse la música ancestral de la rueca y del telar de mano. Un día, el príncipe de Gales, visitó la India. En alguna localidad, la población se encerró en sus casas, y el príncipe recorrió las calles de una ciudad desierta.

La patria de Tolstoy, aún en la misma heredad del Iasnaia Poliana, ha luchado bravamente contra el invasor, con las armas en la mano. ¿Qué hará, en ocasión semejante, la patria de Gandhi?

La no resistencia al mal, el dulce ensueño de vencer sin violencia a la violencia, es una ilusión que se ha renovado una y otra vez en la humanidad a lo largo de millares de años. Ahora, a lo que parece, en la extensa India, la realidad va a ponerlo a prueba. En esta prueba de la realidad veremos seguramente desvanecerse, como tantas otras, esta vieja ilusión.

Gandhi ha querido enseñar a su pueblo el valor ascético de morir sin matar. Esa es su fórmula. Mas, en cuanto empiece la guerra de la India, lo probable será que entre sus hijos, unos se sometan para no morir, y otros, en defensa del patrio suelo, tomen las armas para matar. Y entonces Mahatma Gandhi, como otras veces ante la violencia de su gente, se impondrá el ayuno expiatorio de cinco días y se retirará a orar a las soledades del Himalaya.

LUIS DE ZULUETA

COMPRESUS MUEBLES EN LA
Mueblería EL HOGAR,

Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen.

Apartado 1384

Teléfono 3339